

AKAL
HISTORIA
DEL MUNDO
ANTIGVO

40

ROMA

EL PERIODO DE LAS
PRIMERAS GUERRAS
PUNICAS



AKAL HISTORIA DEL MUNDO ANTIGVO

ORIENTE

1. A. Caballos-J. M. Serrano, *Sumer y Akkad.*
2. J. Urruela, *Egipto: Epoca Tinita e Imperio Antiguo.*
3. C. G. Wagner, *Babilonia.*
4. J. Urruela, *Egipto durante el Imperio Medio.*
5. P. Sáez, *Los hititas.*
6. F. Presedo, *Egipto durante el Imperio Nuevo.*
7. J. Alvar, *Los Pueblos del Mar y otros movimientos de pueblos a fines del II milenio.*
8. C. G. Wagner, *Asiria y su imperio.*
9. C. G. Wagner, *Los fenicios.*
10. J. M. Blázquez, *Los hebreos.*
11. F. Presedo, *Egipto: Tercer Período Intermedio y Epoca Saita.*
12. F. Presedo, J. M. Serrano, *La religión egipcia.*
13. J. Alvar, *Los persas.*

GRECIA

14. J. C. Bermejo, *El mundo del Egeo en el II milenio.*
15. A. Lozano, *La Edad Oscura.*
16. J. C. Bermejo, *El mito griego y sus interpretaciones.*
17. A. Lozano, *La colonización griega.*
18. J. J. Sayas, *Las ciudades de Jonia y el Peloponeso en el período arcaico.*
19. R. López Melero, *El estado espartano hasta la época clásica.*
20. R. López Melero, *La formación de la democracia ateniense, I. El estado aristocrático.*
21. R. López Melero, *La formación de la democracia ateniense, II. De Solón a Clistenes.*
22. D. Plácido, *Cultura y religión en la Grecia arcaica.*
23. M. Picazo, *Griegos y persas en el Egeo.*
24. D. Plácido, *La Penteconteia.*

Esta historia, obra de un equipo de cuarenta profesores de varias universidades españolas, pretende ofrecer el último estado de las investigaciones y, a la vez, ser accesible a lectores de diversos niveles culturales. Una cuidada selección de textos de autores antiguos, mapas, ilustraciones, cuadros cronológicos y orientaciones bibliográficas hacen que cada libro se presente con un doble valor, de modo que puede funcionar como un capítulo del conjunto más amplio en el que está inserto o bien como una monografía. Cada texto ha sido redactado por el especialista del tema, lo que asegura la calidad científica del proyecto.

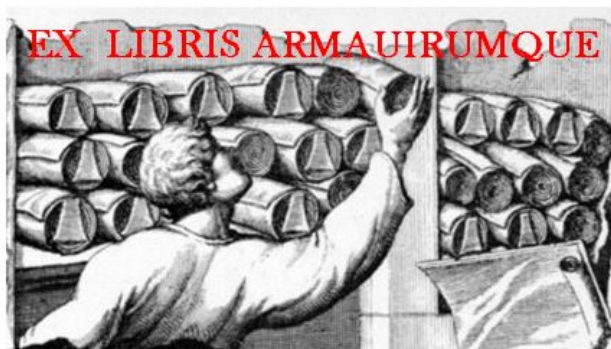
25. J. Fernández Nieto, *La guerra del Peloponeso.*
26. J. Fernández Nieto, *Grecia en la primera mitad del s. IV.*
27. D. Plácido, *La civilización griega en la época clásica.*
28. J. Fernández Nieto, V. Alonso, *Las condiciones de las polis en el s. IV y su reflejo en los pensadores griegos.*
29. J. Fernández Nieto, *El mundo griego y Filipo de Macedonia.*
30. M. A. Rabanal, *Alejandro Magno y sus sucesores.*
31. A. Lozano, *Las monarquías helenísticas. I: El Egipto de los Lágidas.*
32. A. Lozano, *Las monarquías helenísticas. II: Los Seleúcidas.*
33. A. Lozano, *Asia Menor helenística.*
34. M. A. Rabanal, *Las monarquías helenísticas. III: Grecia y Macedonia.*
35. A. Piñero, *La civilización helenística.*
44. C. González Román, *La República Tardía: cesarianos y pompeyanos.*
45. J. M. Roldán, *Instituciones políticas de la República romana.*
46. S. Montero, *La religión romana antigua.*
47. J. Mangas, *Augusto.*
48. J. Mangas, F. J. Lomas, *Los Julio-Claudios y la crisis del 68.*
49. F. J. Lomas, *Los Flavios.*
50. G. Chic, *La dinastía de los Antoninos.*
51. U. Espinosa, *Los Severos.*
52. J. Fernández Ubiña, *El Imperio Romano bajo la anarquía militar.*
53. J. Muñiz Coello, *Las finanzas públicas del estado romano durante el Alto Imperio.*
54. J. M. Blázquez, *Agricultura y minería romanas durante el Alto Imperio.*
55. J. M. Blázquez, *Artesanado y comercio durante el Alto Imperio.*
56. J. Mangas-R. Cid, *El paganismo durante el Alto Imperio.*
57. J. M. Santero, F. Gascó, *El cristianismo primitivo.*
58. G. Bravo, *Diocleciano y las reformas administrativas del Imperio.*
59. F. Bajo, *Constantino y sus sucesores. La conversión del Imperio.*
60. R. Sanz, *El paganismo tardío y Juliano el Apóstata.*
61. R. Teja, *La época de los Valentinianos y de Teodosio.*
62. D. Pérez Sánchez, *Evolución del Imperio Romano de Oriente hasta Justiniano.*
63. G. Bravo, *El colonato bajoimperial.*
64. G. Bravo, *Revoluciones internas y penetraciones bárbaras en el Imperio.*
65. A. Jiménez de Garnica, *La desintegración del Imperio Romano de Occidente.*

ROMA

36. J. Martínez-Pinna, *El pueblo etrusco.*
37. J. Martínez-Pinna, *La Roma primitiva.*
38. S. Montero, J. Martínez-Pinna, *El dualismo patricio-plebeyo.*
39. S. Montero, J. Martínez-Pinna, *La conquista de Italia y la igualdad de los órdenes.*
40. G. Fatás, *El período de las primeras guerras púnicas.*
41. F. Marco, *La expansión de Roma por el Mediterráneo. De fines de la segunda guerra Púnica a los Gracos.*
42. J. F. Rodríguez Neila, *Los Gracos y el comienzo de las guerras civiles.*
43. M. L. Sánchez León, *Revoluciones de esclavos en la crisis de la República.*

AKAL
HISTORIA
DEL MUNDO
ANTIGVO

ROMA



Director de la obra:

Julio Mangas Manjarrés

(Catedrático de Historia Antigua
de la Universidad Complutense
de Madrid)

Diseño y maqueta:

Pedro Arjona

«No está permitida la
reproducción total o parcial de
este libro, ni su tratamiento
informático, ni la transmisión de
ninguna forma o por cualquier
medio, ya sea electrónico,
mecánico, por fotocopia, por
registro u otros métodos, sin el
permiso previo y por escrito de
los titulares del Copyright.»

© **Ediciones Akal, S.A.**, 1990

Los Berrocales del Jarama
Apdo. 400 - Torrejón de Ardoz
Madrid - España
Teléf.: 656 56 11 - 656 49 11
Fax: 656 49 95

Depósito Legal: M- 8763 -1990
ISBN: 84-7600 274-2 (Obra completa)
ISBN: 84-7600-527-X (Tomo XL)
Impreso en GREFOL, S.A. *
Pol. II - La Fuensanta
Móstoles (Madrid)
Printed in Spain

EL PERIODO DE LAS PRIMERAS GUERRAS PUNICAS

G. Fatás



Índice

	<i>Págs.</i>
I. La I Guerra Púnica	7
1. Significación de la I Guerra Púnica	7
2. Prolegómenos a la I Guerra Púnica	8
3. Panorámica de las operaciones militares	10
4. El inicio de la guerra	11
5. Los años 263-261 y la toma de Agrigento	12
6. El nacimiento del poder naval de Roma	15
7. La victoria de Gayo Duilio en Milas y la extensión de la guerra en el mar (260-259)	16
8. La batalla del Cabo Ecnomo (256). La guerra en Africa	18
9. Fracaso de la campaña de Régulo en Africa	20
10. Nuevas desdichas navales y segunda expedición al Africa (255-252).	22
11. Otras acciones en Sicilia: el asedio de Lilibeo y un nuevo fracaso de la flota romana	24
12. Los años 248 a 242. Amílcar Barca	28
13. La victoria de las Egates y el fin de la guerra. La paz de Lutacio Cátulo (242-241)	29
14. Algunas consecuencias de la victoria siciliana	31
II. Roma entre las dos primeras Guerras Púnicas	32
1. La guerra inexpiable. Córcega y Cerdeña en poder de Roma (240-237).	32
2. Los problemas de Roma en Italia y en la Galia Cisalpina	34
3. Roma en la orilla oriental adriática. Las guerras Ilíricas. Implicación de Roma en el Mundo Helenístico	35
4. Repercusiones internas de la expansión territorial romana	36
III. La II Guerra Púnica	40
1. El comienzo	40
2. Los Barca en Hispania	41
3. El inicio de la II Guerra Púnica	42
4. La gran ofensiva anibálica: del Trasimeno a Cannas	44

5. Las consecuencias de Cannas: un cuatrienio contemporizador y la guerra contra Filipo V	46
6. La tercera fase de la guerra: contraofensivas romanas en todos los frentes	49
7. El ascenso de Publio Cornelio Escipión. Comienzo del fin de la guerra en Hispania e Italia	49
8. El final de la guerra. La batalla de Zama (202)	51
9. Consecuencias de la II Guerra Púnica	55
Cronología	57
Bibliografía	62

I. La I Guerra Púnica

1. Significación de la I Guerra Púnica

En la historiografía divulgadora, la II Guerra Púnica o Guerra Anibálica ocupa, respecto de la I, un lugar de visible privilegio. Empero, la conversión de la República romana en una potencia de tipo helenístico, hegemónica en el Mediterráneo occidental, el nacimiento de su poderío naval (construido paso a paso y edificado a costa de continuos fracasos y desastres), el surgimiento de su imperio transatlántico y, con ello, la adecuación del dispositivo jurídico público al hasta entonces inexistente control de las provincias, son, entre otras, circunstancias de primer orden que aparecen en la historia romana precisamente al hilo de la lucha contra Cartago por la posesión de Sicilia.

Lamentablemente, no disponemos ni siquiera de una sola fuente que narre los acontecimientos de este largo conflicto desde el punto de vista cartaginés: los textos del historiador grecosiciliano Filino de Agrigento se perdieron (aunque nos llegan sus apagados ecos a través de otros escritores filorromanos) y no se conoce nada en absoluto que pueda denominarse historiografía púnica. De ahí que, para la formación de un juicio de valor so-

bre el conjunto de estos avatares ocurridos durante un cuarto de siglo y de sus consecuencias, sea particularmente significativo conocer con algún detalle los hechos, tal y como pueden recomponerse a través de las distintas fuentes supervivientes. En la monografía del profesor F. Marco, se sintetiza el pensamiento científico reciente en torno al sentido y al significado del que comúnmente llamamos «imperialismo» romano. Por ello, hemos elegido un tono deliberadamente narrativo y «fáctico» para la exposición de los sucesos de la guerra por Sicilia entre cartagineses y romanos. No obstante todo ello, será útil resumir aquí, muy sucintamente, algunas de las ideas hoy dominantes en torno al significado de la I Guerra Púnica y de sus causas más probables.

Una vez que culminó la conquista romana de Italia —de lo que entonces se conocía como Italia, noción que excluía los territorios valpadanos—, había una cierta inevitabilidad en el intento de paso de las legiones a la vasta y apetitosa Sicilia: que ello fue considerado un riesgo probable por las potencias circundantes (Cartago o Tarento, por ejemplo) parece probado por diversos tratados suscritos a finales del siglo IV, en los cuales figuraba, aceptada por Roma, una cláusula de respeto hacia la Trinacria. Pero la go-

ber nación del Estado romano nada tenía que ver con los mecanismos políticos de una sociedad contemporánea: ocasionalmente, el oligopolio ejercido sobre las más altas magistraturas y sobre los puestos políticos decisivos por tales o cuales familias podía resultar determinante en una coyuntura precisa. Controlado el Sur itálico tras la toma de Tarento, avenida la *nobilitas* romana con la aristocracia de Campania y de la Magna Grecia y absorbida en buena parte por Roma la economía y la política de las ciudades griegas del Mezzogiorno (en muchos puntos, competitivas con las púnicas), la presencia de determinadas familias (Atilia, Otacilia, Claudia, Fabia, etc.) en el consulado y en tales o cuales momentos puede hacer lícita la postulación de nexos entre sus intereses particulares y las decisiones de Estado, en las que se advierten, a veces, algunas oscilaciones.

Pero es preciso reconocer que, fueran esas circunstancias como fueren, se aprecia con nitidez, ya comenzada la larguísima guerra —también llamada Guerra Sícula—, una neta voluntad, tenaz y persistente, de llevarla a cabo, aun a costa de esfuerzos gigantescos, y a buen término: esta cohesión política manifestada tanto por los magistrados y el Senado cuanto por los comicios populares durante un tracto temporal bastante dilatado (no obstante estar muy recientes las guerras contra Pirro, Tarento y Volsinias) es uno de los síntomas más característicos de este periodo, al que podríamos denominar de la República germinalmente imperial. Sin duda esa experiencia, que fue muy extensa en el tiempo y en los ámbitos sociales afectados, cimentó en buena medida la manera de entender los intereses de la *res publica* por parte de la colectividad de los romanos. También parece claro que, desde el momento inicial y a raíz del episodio mamertino que fue la chispa para la deflagración, Roma obró con inten-

ciones agresivas; si bien no midió con justeza, en primera instancia, la magnitud del esfuerzo que la guerra provocada iba a exigir a la comunidad de los romanos y a sus numerosos aliados de Italia, fuesen griegos o italiotas.

En cuanto a la explicación de las actitudes cartaginesas, la falta de documentación obliga al historiador a ser, en primer lugar, prudentísimo; a trabajar con un alto grado de hipotetización y, por último, a resultar inevitablemente esquemático: suele ser explicación muy frecuente de ciertos vaivenes de la política de Cartago el dar por permanentemente sentada la existencia de dos grandes facciones: una —a la que se vinculan los Barca— con intereses preferentemente expansionistas y mercantiles y otra, tampoco desatenta a los beneficios del comercio, pero acaso más proclive a desarrollar las bases de un Estado francamente territorial en territorio africano. Quizás fue éste un factor decisivo pero es seguro que en ningún caso resultó única causa.

2. Prolegómenos a la I Guerra Púnica (227-265)

Durante la Guerra Pírrica, Sicilia, convertida en un vasto escenario de operaciones militares, había sido teatro de sucesos bélicos de toda clase y, como no podía ser menos en un conflicto de características helenísticas, también de la actividad de numerosos contingentes de soldados profesionales que combatían por la paga y el botín. Figuraban entre éstos unidades procedentes de Campania y territorios aledaños (de gentes llamadas, genéricamente, «campanienses» o «campanas»), las cuales habían servido, según conveniencias, tanto en uno como en otro bando. Estas tropas, de extraordinaria e imprescindible utilidad en caso de conflicto, re-

sultaban un verdadero peligro público una vez concluida la guerra; y, en caso de haber combatido junto al bando perdedor, procuraban resarcirse por su cuenta del impago de las soldadas o de la falta de botín. De esa manera nacieron en la isla efímeros estados ciudadanos controlados por los campanienses que se imponían, por la fuerza, a algunas ciudades grecosicilianas.

Tal fue el caso de Messana (Messina), particularmente llamativo por su condición de ciudad guardiana del Estrecho de su nombre y que había sido tomada, mediante engaño, por un grupo de campanienses «mamertinos» (Mamers es un nombre itálico de Marte). De acuerdo con las fuentes (y con Polibio y Diodoro, en particular), los mamertinos habían ido extendiendo su radio de acción, afectando con sus tropelías gravemente a ciudades de la importancia de Camarina y Gela. Otro contingente campaniense, a sueldo de Roma, acaudilla-

do por un tal Decio y por su propia iniciativa, se había adueñado de Rhegion (Reggio), al otro lado del Estrecho, con lo que la importante vía marítima estaba, de hecho, y en ambas orillas, en manos no controladas por ninguna de las potencias hegemónicas del área y desarrollando una política de apoyo mutuo. Estos mercenarios llegaron, al decir de las fuentes, a poseer su propio territorio fiscal, en perjuicio tanto de púnicos cuanto de siracusanos. Durante un tiempo, el apoyo campaniense de Reggio a Messina supuso la aquiescencia a tal proceder, así sólo fuese tácita, de Roma. El prestigio de la República —por cuya cuenta actuaban, en principio, los campanienses de Reggio— quedaba por todo ello gravemente entredicho ante los griegos del sur y la Ciudad no tardó en castigar ejemplarmente a estos mercenarios, dando muerte en el Foro a sus cabecillas, tras su captura, y devolviendo Reggio a sus ciudadanos helenos. En esta oca-



El teatro de Segesta, Sicilia (siglo III a. C.).

sión (según el bizantino Zonaras, al menos) se produjo la primera colaboración político-militar entre los romanos y Hierón (II) de Siracusa, ansioso de librarse de las amenazas mercenarias en la vecindad de los vastos territorios hegemonizados por Siracusa y que, de humildes orígenes, comenzaba por entonces su brillante y larga carrera militar.

Casado con una hermana del poderoso Leptinas y encargado por Siracusa de resolver el problema mamertino, empleó para tal fin, en la primera línea de combate, a otros mercenarios de similar condición de quienes Siracusa deseaba verse libre, sin encontrar un procedimiento satisfactorio. En los llanos de Mylae (Milas), en el río Longano, obtuvo Hierón el primero de sus notables triunfos militares de manos del nuevo ejército siracusano y la captura de los jefes mamertinos. Diodoro narra cómo Hierón, que no repentizó la campaña, tomó Milas, en la que enroló a 1.500 hombres y, tras ella, Amesclo, a cuyos defensores reclutó asimismo. En su marcha contra el enemigo rindió Halesa y fue bien acogido en Abaceno y Tindaris, obteniendo, también, el control de Tauromenio, con lo que se asomaba sobre bases sólidas tanto al Mar Jónico cuanto al de Sicilia. Cuando llegó a territorio de Mesina contaba con 10.000 infantes y 500 jinetes, frente a los algo más de 8.000 mamertinos. El bello relato antiguo puntualiza que el jefe mamertino, Cío, recibió augurios según los cuales pasaría esa noche en el campo enemigo; ello le decidió a atacar: cruzó el río Loitanus —Longano— pero Hierón había preparado una compleja aňagaza. El ejército mamertino fue desbaratado y Cío, herido e inconsciente, capturado (pasando, en efecto, la noche, en la tienda misma de Hierón y atendido por el médico personal de éste, con lo que se cumplió la predicción oracular, característicamente ambigua). El éxito de la cam-

paña y su brillantez valieron de inmediato a Hierón (268) su aclamación como rey de Siracusa: pues, si bien Mesina no había sido tomada, la amenaza de sus revoltosos ocupantes parecía desvanecida para mucho tiempo.

3. Panorámica de las operaciones militares

La conquista de Sicilia por los romanos fue un avance de norte a sur y de este a oeste, en líneas generales. Desde Mesina y lograda la importantísima alianza de Siracusa, Roma planteó el ataque a la plaza principal de los cartagineses en el sur, Acragas (Agrigento). Tras el 262 se desarrolló la guerra desde Mesina hacia el oeste, llegando el frente hasta Hímera, tras la victoria de Milas (Milazzo), y poco después, hasta Panormo (Palermo), a la vez que se luchaba en el sur, en focos aislados de resistencia y entre Lilibeo y Camarina. Después de la victoria romana de Ecnomo (256) y del fracaso del desembarco en Africa, Cartago controlaba aún el arco insular entre Heraclea y Palermo. Tomando como centro Lilibeo, los púnicos desarrollaron una fuerte ofensiva, sin éxito: Roma ocupó Palermo y únicamente el área de Lilibeo y Drépano quedó bajo soberanía africana. La resistencia cartaginesa, que se plasmó en contraataques desde el noroeste de Sicilia (Drépano, Monte Erice, a cargo de Amílcar Barca), no sirvió para nada a causa del desastre naval de las islas Egadas con el que, virtualmente, concluyó la guerra. Veamos, ahora, el desarrollo detallado de estas interesantísimas campañas en las que Cartago, por vez primera, se empeñaba en una guerra de tanta duración y trascendencia y en las que Roma, también por primera vez, abandonaba el escenario de la bota itálica y se aventuraba a luchar con el mar de por medio.

4. El inicio de la guerra

Según el relato filorromano de Polibio de Megalópolis —que vivió en Roma a mediados del siglo siguiente bajo la protección de los Escipiones—, en esta situación de apuro solicitaron los mamertinos, a un tiempo, ayuda a Cartago y Roma, enviando enseguida los púnicos una guarnición (que, según Diodoro de Sicilia, quien escribió un siglo más tarde que Polibio, fue más bien impuesta). Roma se encontró en una situación embarazosa ante la disyuntiva de ayudar a unos revoltosos o, de no hacerlo, incrementar el poderío púnico que ya controlaba Africa, algunas partes de Hispania y las islas de los mares Sardo y Tirreno: pues el control cartaginés de Mesina podía suponer el de Siracusa a corto plazo. El Senado romano, en las dilatadas discusiones que mantuvo sobre el particular, no llegó a conclusiones claras; pero la plebe —*oi de polloi*—, seguramente en asamblea comicial, optó por la oposición a Cartago, incluso mediante la guerra, y eligió para el mando de la empresa al cónsul Appio Claudio.

Las hostilidades, pues, podían considerarse abiertas en ese año del 264 a. de C. y, con ellas, una nueva etapa en la historia de la República: como, siglos más tarde, aún subrayaba Tito Livio, por primera vez las legiones

ciudadanas cruzaban el mar para combatir contra siracusanos y púnicos (aparentemente, en defensa de la alianza que comprometía a Roma con sus incómodos socios mamertinos) y se embarcaba Roma en una difícil, distante y vasta empresa extratitánica.

Los púnicos y Hierón formaron, con cuerpos de ejército separados, una tenaza en torno a Mesina, en cuyo interior logró, con gran riesgo, penetrar Claudio, quien intentó, mediante tratos de urgencia, obtener la paz, que le fue rehusada por ambos asediados, toda vez que se encontraban en condiciones de mayor fuerza. Ante tal coyuntura, el cónsul decidió atacar primeramente al ejército de Siracusa, por sorpresa y aún a riesgo de que la duración o el resultado del combate dejase en manos de Cartago la codiciada plaza. Consiguió la victoria y, con ella, el regreso de Hierón a su tierra (según Diodoro, por creer que los cartagineses habían consentido traicioneramente la llegada de los romanos y pactado aparte con ellos). Al día siguiente, Appio Claudio dispuso el ataque contra los púnicos, derrotándolos. Se dirigió a devastar el territorio siracusano y llegó a planear el asedio a su capital.

Lo que, prácticamente, es opinión común de las fuentes disponibles (Cassio Dion y Zonaras, entre otras, además de las dichas) es que el episodio ma-

Intervención popular en decisiones de política exterior y comienzo de la I Guerra Púnica.

«Los romanos consideraban, con razón, que si los cartagineses se apoderaban también de Sicilia serían unos vecinos temibles y excesivamente peligrosos, pues los habrían rodeado y ejercerían su influjo sobre todas las partes de Italia. Estaba, pues, claro que, si no ayudaban a los mamertinos, los cartagineses se adueñarían inmediatamente de Sicilia (...). Con todo ello a la vista y pensando que ni podían abandonar Mesina ni dejar que los cartagineses hicieran desde ella un puente para sus ataques contra Italia, deliberaron largamente».

«El Senado, por lo dicho, rechazó por completo la petición: las ventajas que traería dar esa ayuda eran menores que lo absurdo de apoyar a los mamertinos. Pero la plebe, que estaba arruinada por las guerras anteriores y que deseaba recuperarse como fuese, decidió, en último término, dar la ayuda, tanto por lo que se ha dicho sobre el interés común que esta guerra ofrecía cuanto porque los generales, en privado, andaban mostrando sus grandes y evidentes ventajas. El pueblo aprobó el decreto por votación (...).».

meritino fue un mero pretexto en el enfrentamiento inevitable por Sicilia entre dos potencias que, tras la victoria virtual de Roma en la Guerra Pírrica, tenían intereses poderosos y contrapuestos por el control de la isla. Zonaras (historiador medieval bizantino, en cuya obra confluyen buena parte de la historiografía y de la analística antigua) subraya que cada uno de los bandos pensó que la única solución residía en el completo desalojo del otro. El relato de Zonaras, en algunos puntos muy detallista, difiere en parte del de Polibio y no carece de interés. Según el bizantino, los mamertinos, no pidieron ayuda simultáneamente a Roma y Cartago, sino a la primera, nada más. Un cierto retraso producido en Roma, probablemente por las causas apuntadas por Polibio, condujo a la petición de apoyo Púnico, que no se hizo esperar: Cartago, de acuerdo con Hierón, incluyó, según esta versión, a los mamertinos de Mesina en el número de sus aliados, previniendo de este modo un posible ataque legionario y guarneciendo fuertemente la plaza bajo el mando de Hannón. Según su relato, un tribuno romano, Gayo Claudio (posiblemente, pariente de Appio), entró, clandestinamente y a borde de un eskuife, en Mesina, manifestando a los campanienses la intención romana de liberar la ciudad. Volvió a Reggio y, tras algunos avatares infortunados, los romanos intentaron una fuerte acción naval, logrando que Hannón, en busca de una continuación del statu quo, devolviese al cónsul algunas naves y prisioneros capturados, como muestra de buena voluntad.

Pero el cónsul en sus contactos con los mamertinos, convenciéndolos de que expulsaran a los púnicos y logrando que apresaran al general cartaginés. Sería entonces cuando Hannón, ante la imposibilidad de hacer nada útil, decidió abandonar Mesina, liberando de la guarnición cartaginesa a sus antiguos aliados. Los cartagi-

neses lo castigaron por ello y enviaron un ultimátum a Roma, conminándola a abandonar la isla en un día determinado y poniendo, por su parte, en pie un fuerte ejército expedicionario, del que eliminaron físicamente a los mercenarios itálicos, asaltando, acto seguido, Mesina, con ayuda de Hierón, asediando la ciudad y montando una guardia en el Estrecho. En esas circunstancias atacó Claudio por sorpresa a Hierón, cuya caballería era mejor, pero cuyos infantes no pudieron resistir a los romanos, retirándose momentáneamente a las montañas y, luego a Siracusa, tal y como expone la versión política.

Por desgracia, se han perdido, prácticamente por completo, los trabajos sobre esta guerra de Filino, historiador siciliano y filopúnico, al cual somete a severas e inteligentes críticas la historiografía romanófila (y, sobre todo, Polibio), no estando el historiador actual en condiciones de zanjar la cuestión. Pero el filorromanismo de Polibio, a menudo criticado por la ciencia reciente, se halla muy matizado y no está teñido de fobia a Cartago: razones por las cuales es capaz de censurar con dureza a escritores como Fabio Pictor (en las antipodas de Filino) e, incluso, a personajes históricos de la casa de los Escipión, por cuyo incondicional hagiógrafo, a veces, se le quiere hacer pasar.

5. Los años 263-261 y la toma de Agrigento

Al recibirse las noticias en Roma los nuevos cónsules, Manio Otacilio y Manio Valerio, fueron enviados con todas sus tropas —4 legiones de a 4.300 hombres, más los aliados; entre treinta y cuarenta mil soldados, en total— a la isla. Muchas ciudades, a su llegada, se alzaron contra Siracusa y Cartago —Diodoro añade que sumaron sus tropas a las romanas y que



La I Guerra Púnica.

los siracusanos comenzaron a percibir de modo directo la potencia extraordinaria del ejército de Roma—. Hierón, previendo quién iba a ser el vencedor, ofreció alianza a los cónsules, quienes la aceptaron: Siracusa era un poderoso enemigo con quien, en principio, no se había contado y el tamaño y la eficacia de la flota cartaginesa constituía un obstáculo de primerísima magnitud contra el que Roma no se encontraba pertrechada. La amistad de Hierón, pues, fue muy bien venida, ya que permitía concentrar toda la atención en un solo frente y disponer de un triunfo de gran calidad: ante la eventualidad de un bloque naval por parte púnica, se garantizaban, a través de Siracusa, los suministros a las tropas consulares, por la abundancia de grano que poseía la gran ciudad grecosiciliana y por la calidad de sus instalaciones portuarias y de su experiencia marinera. Hierón (que, como subraya Polibio, fue un aliado excelente y del que elogia la capacidad política) devolvió a los prisioneros romanos sin cobrar rescate y pagó a sus nuevos amigos 100 talentos —150.000 dracmas, se-

gún Diodoro; 200 talentos según Eutropio y Orosio, autores tardíos dependientes de Livio—, a partir de lo cual Roma trató oficialmente a los siracusanos como amigos y aliados (*filoi kai symmajois*), reconociéndoles jurisdicción sobre los territorios y ciudades de Siracusa, Acras, Leontinos, Mégara, Heloro, Necto y Tauromenion.

Roma ratificó formalmente los tratados pactados por los cónsules con Siracusa (con una vigencia inicial de quince años) y decidió, ante el cariz tan inesperadamente favorable de la situación, emplear únicamente dos legiones en las tareas sicilianas. Obviamente, los cartagineses resolvían lo contrario, enrolando mercenarios ligures, celtas e iberos. Valorando correctamente Agrigento como la mejor dotada y más importante ciudad de su zona, la eligieron como base de operaciones y concentraron allí sus efectivos. Manio Valerio, a su regreso a Roma, fue oficialmente recompensado con la ceremonia oficial del triunfo público y se vio concedido el mote de «Mesala» («de Mesina»). La importancia que el Senado otorgó a

estas acciones (y la propia fuerza de la familia Valeria y de sus clientes) determinaron, incluso, que se hiciese un honor excepcional al general: autorizarle a decorar un muro de la curia senatorial con pinturas representándolo como vencedor en el combate.

En consecuencia, los nuevos cónsules, Lucio Postumio y Quinto Mamilio, llegaron a Sicilia con sus legiones. Estudiada la estrategia púnica, decidieron atacar directamente Agrigento, a 8 estadios (como 1,5 km) de la cual acamparon, decididos a tomarla, no obstante su difícil expugnabilidad. Por ello plantearon la acción en forma de bloqueo (que, desde el comienzo, se evidenció resultaría largo y dificultoso). Estando la mies a punto, al poco de instalarse los campamentos romanos, muchos legionarios fueron destinados a cosecharla. Una salida cartaginesa tuvo éxito inicial, pero, llegada la lucha al propio campamento romano, se volvieron las tornas, gracias a la disciplina legionaria. Este episodio inicial dejó patente que la acción emprendida iba a ser característica de una guerra de posiciones.

Tras ello, los púnicos fueron más cuidadosos en sus salidas y los romanos en su forrajeo. La fuerza romana se dividió: una parte en el templo de Asclepio, extramuros, y otra hacia la zona de la ciudad que mira a Heraclea. Hicieron una doble y compleja fortificación para prevenir ataques de la ciudad y del exterior de ésta así como para aislarla completamente por tierra. Los aliados insulares los abastecían desde Herbeso, que estaba cerca y durante cinco largos meses ningún bando pudo tomar sobre el contrario ventaja militarmente decisiva. El hambre —la gran baza romana— empezó, no obstante, a actuar sobre las 50.000 personas asediadas y Aníbal, el comandante de la plaza, envió emisarios a Cartago pidiendo auxilios urgentes a la metrópolis, so pena de tener que entregar la ciudad y, con ella, el control de la cos-

ta meridional siciliana. A menudo se han preguntado los historiadores actuales qué razón hubo para que Cartago no hiciese uso de su arma principal de combate: la flota. La respuesta puede residir en una circunstancia obvia: la flota de guerra —que sí se utilizó como medio de transporte, según se verá inmediatamente— no fue empleada como arma naval por cuanto no había flota romana a la que combatir. Paradójicamente, en la suma debilidad naval de los romanos se hallaba, coyunturalmente, parte de su fuerza. Es probable que Cartago menospreciase la capacidad romana de transporte bruto de hombres y equipo a través del Estrecho, no concibiéndolo sin adecuada escolta de naves de guerra. De ahí que la ventaja inicial de los romanos fuese mayor que la prevista por sus enemigos.

Llegaron, pues, los refuerzos desde Africa, con elefantes, por mar, al mando de Hannón; quien, comprendiendo bien la logística del planteamiento romano, puso su cuartel general en Heraclea y ocupó Herbeso, cortando así los suministros de tierra adentro a los romanos y convirtiendo a las legiones en sitiadoras y sitiadas a un mismo tiempo. Hubieran éstas levantado el asedio de no ser porque Hierón, al decir de las fuentes, se las arregló para hacerles recibir lo indispensable.

Hannón, a quien le llegaron noticias de una cierta epidemia en el campo romano, atacó rápidamente desde Heraclea con sus 50 elefantes y sus jinetes númidas a la cabeza, para que provocasen la salida de la caballería romana, lo que así hicieron, siendo ésta fuertemente castigada. Acampó, luego, frente a los romanos, en la colina Toros, a unos 10 estadios de distancia y, en un planteamiento similar al de sus enemigos para con Agrigento, permaneció dos meses de esa manera. Pero Aníbal le comunicaba semafóricamente que la hambruna era insoportable y muchos los

desertores. Resolvióse, pues, a plan-tear una acción decisoria en campo abierto.

Se dio la batalla entre los dos cam-pamentos. Fue larga y ganada por la legión, que pasó a cuchillo a quienes no huyeron en desorden a Heraclea (los huidos serían los más; entre ellos, el propio Hannón y, según parece, no obstante la opacidad del relato poli-biano, la mayor parte de las fuerzas enemigas). Capturáronse muchos ele-fantes y toda la impedimenta. Muy entrada la noche, Aníbal, sin espe-ranza y creyendo propicia la ocasión, salió con sus mercenarios, salvó los fosos y se evadió. Al amanecer, los ro-manos, tras lanzar un ataque contra la retaguardia púnica en retirada, en-traron en Agrigento y la saquearon, obteniendo abundantes esclavos y un gran botín. Si bien lo que parece esca-sa competencia militar de los genera-les romanos había dejado casi intactos a los efectivos humanos de los púnicos (y a sus mandos principales), Agrigento se había tomado (262). Empero, la decisión de permitir su sa-queo y la violencia sobre sus habitan-tes griegos significó un traspies políti-co de primer orden: Roma se reve-laba, cuando las condiciones le eran favorables, como una nueva y ruda dominadora y no como la potencia aliada y afín que inicialmente parecía y dijo ser.

Al conocerse las victorias en el Se-nado, ya nadie quiso conformarse con el objetivo teórico de la guerra, pues parecía posible desalojar por completo de Sicilia a los cartagineses. Se designó para ir allí a los nuevos cónsules, L. Valerio Flacco y T. Otaci-lio Craso. Pero, no obstante la impor-tancia del control de las tierras de Agrigento y Mesina y la alianza con Hierón, el dominio cartaginés del mar equilibraba la balanza. Polibio subraya que aunque, como Agrigen-to, otras ciudades del interior estaban a su favor, en el 261 muchas otras cos-teras desertaron por temor a la flota

púnica que, además, comenzaba a atacar las costas itálicas: este era un caso de extraordinaria gravedad, que hubo de hacer patente ante los guber-nantes romanos el hecho de que, sin un cierto dominio de la mar, el pro-pio Lacio podía llegar a ser escenario de una guerra inicialmente planteada en tierras de fuera de Italia. No seña-la, sin embargo, el efecto desastroso que el saqueo acragantino hubo ne-cesariamente de causar en muchos Es-tados isleños y que, sin duda, se hizo sentir en la actitud de muchos sicilio-tas en los años por venir.

6. El nacimiento del poder naval de Roma

Tomáronse, pues, urgentes medidas para equilibrar la situación en el mar. Y el comienzo de la actividad naval de Roma es uno de los rasgos de esta guerra que merece mayor atención por su trascendencia de cara al futu-ro, ya que en estos momentos se di-funde en la República el conocimien-to y uso de unas técnicas que logra-rían, en no mucho tiempo, hacer del Mediterráneo un único lago sometido al control de la Ciudad del Tíber. La percepción clara de tal circunstancia es una de las razones que llevaron a Polibio a demorarse en esta parte de la historia, en la que no se menciona para nada —inverosímilmente— la intervención de las marinas aliadas de Roma (sobre todo, de las ciudades del Mezzogiorno) que, obviamente, hubieron de cooperar de modo muy principal en este extraordinariamente importante esfuerzo de guerra, con el cual Roma estuvo en condiciones de plantearse, en pocas generaciones, una hegemonía de características im-periales sobre el ecúmene medite-ráneo.

Se construyeron 100 quinquerre-mes —nunca antes usadas por los romanos— y 20 trirremes; tales efecti-vos —según las fuentes, nacidos «ex

nihilo»— muestran la determinación romana de plantear la guerra a fondo y en todos los planos militares. Cuando los romanos decidieron, unos años antes, llevar a sus tropas a través de Mesina no tenían, en apariencia, ni un solo barco de guerra propio que mereciera verdaderamente tal nombre (dato que resulta extremadamente inverosímil) y usaron unas penteconteras y trirremes de Tarento y Locros y de Elea y Nápoles. (Cuenta Polibio que, precisamente en esa ocasión, los cartagineses, al atacar, perdieron una nave que se había adelantado en demasía y ésta sirvió de modelo, posteriormente, a toda la flota romana).

Mientras se construían los barcos a toda prisa, sus futuras tripulaciones militares eran entrenadas en tierra firme, de modo que, en el año 260, a medida que los barcos se acababan, eran fletados con su equipaje y navegaban, costeando Italia, hacia el Estrecho, según orden del cónsul comandante de la flota, Cneo Cornelio Escipión, que se adelantó, por su parte, hacia Mesina, con diecisiete barcos. Se acercó a la ciudad de Lipara, en la que fondeó. Aníbal lo supo y envió, de noche, a su lugarteniente Boodes, con 20 naves. Cercó éste a Escipión en la bahía y las tripulaciones romanas, al observarlo, huyeron a tierra. Aterrorizado e incapaz de obrar, Escipión se rindió. Boodes entregó a Aníbal los barcos romanos y a su comandante. De creer a Polibio, a los pocos días el almirante púnico estuvo a punto de pasar por el mismo trance: se acercó con quince naves a la flota romana y, cuando estaba doblando el Cabo de Italia, se topó con la ordenada formación enemiga: perdió buena parte de la flotilla y pudo escapar gracias a la superior pericia de sus marinos y a la mayor velocidad de los barcos cartagineses.

Estos incidentes —del primero de los cuales se derivó un injurioso epíteto con que fue motejado Escipión:

«el Asno»— ponen de relieve que la mera posesión de naves no hace una flota. El entrenamiento, muy específico, de los remeros y tripulantes, el conocimiento de los litorales, la existencia de pilotos y comandantes de nave y, finalmente, el manejo de las tácticas de combate (embestidas con el espolón metálico, incendios a distancia, privación súbita y traumática de los remos de un lado del barco enemigo mediante una rápida pasada junto a él, etc.) eran muy superiores en la veterana y amplia flota cartaginesa. Roma lo advirtió inmediatamente y debe reconocerse que su tenacidad en conseguir un dominio suficiente de las aguas en la guerra no se detuvo ante ninguno de los tremendos obstáculos que se le opusieron durante las prolongadísimas campañas que quedaban por venir.

7. La victoria de Gayo Duilio en Milas y la extensión de la guerra en el mar (260-259)

Los romanos, bajo el mando de Gayo Duilio, jefe de las fuerzas terrestres, se prepararon para el combate naval, cada vez más conscientes de su inferioridad en ese plano. Un ingenioso expediente (seguramente sugerido por los siracusanos, que lo conocían, en esa u otra versión, desde finales del siglo V, cuando menos), empleado como táctica regular, iba a dar a la neonata flota republicana oportunidades de victoria: el de los «cuervos».

Según la detallada descripción polibiana el «cuervo» fue un artilugio montado en la proa del barco, con dos partes principales: un pivote vertical, de 24 pies de altura (entre 7 y 8 m) y tres palmos de diámetro y una plataforma articulada con dos partes: una, siempre horizontal, de 12 pies de largo y otra, de 24, levadiza. En el extremo de ésta había una pieza de hie-

ro cuya base era una anilla. A ésta se ataba una maroma, que pasaba por una polea, emplazada en lo alto del pivote; tirando de la maroma, la parte larga de la plataforma podía subir 90 grados, hasta quedar pegada al poste. La anilla iba unida a un espigón de hierro puntiagudo e inclinado, de modo que, al dejarse caer la parte móvil de la plataforma sobre la nave enemiga, el diente de hierro quedaba en la cubierta contraria. En caso de ataque con la proa, los romanos pasaban por la plataforma misma, de a dos en fondo: los dos primeros solda-

dos iban con los escudos en alto y les seguía la columna, con los escudos de costado y apoyados sobre un carril existente a ambos lados de la plataforma, a la altura de la rodilla. Si los barcos chocaban de costado, el artillero se hacía girar en torno a su pivote y servía únicamente como elemento de sujeción del barco contrario, efectuándose el abordaje a todo lo largo del costado de las naves y no, lógicamente, sólo por la plataforma.

Duilio, provisto de estos ingenios y al saber que el enemigo devastaba las tierras de Mylae (Milas, entre Mesina



Plato pintado con representación de un elefante.

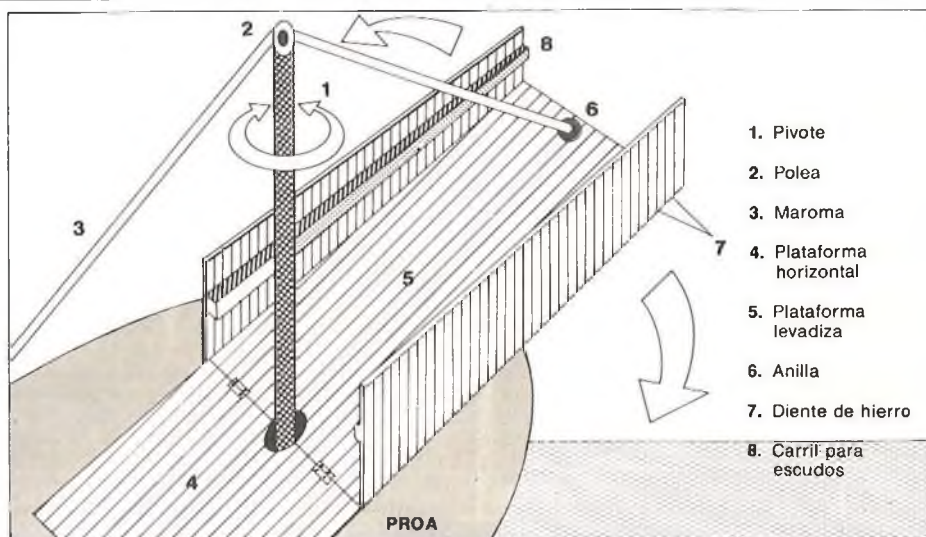
y Tindaris), embarcó hacia allá toda su fuerza en 130 naves, lo que alegró a los cartagineses que se dirigieron en derechura contra la flota, sin más orden que el de quien se arroja sobre una presa, al decir de Polibio. Mandados por Aníbal —el de Agrigento—, que iba en una galera de siete bancadas que fuera antaño de Pirro, y aunque extrañados ante la vista de los extraños "cuervos", atacaron, decididos. Al ver cómo se transformaba el combate en una lucha a pie, como si fuera en tierra, se desconcertaron: las primeras 30 naves les fueron tomadas con las tripulaciones y las restantes evitaron el choque, confiando en poder atacar a las romanas, circundándolas y arrojándose de costado: pero los cuervos giratorios eran eficaces y, finalmente, se dieron a la fuga habiendo perdido 50 barcos (260).

El estímulo derivado para los romanos de esta su primera victoria en la mar fue muy fuerte. En Roma se conmemoró debidamente la efemérides (entre otras cosas, con la erección, en el Foro, de la famosa *columna rostralis* de Duilio, ornada con los espolones o *rostra* de las naves enemigas capturadas). Los romanos, costean-do Sicilia, levantaron el sitio púnico sobre Segesta, a punto de rendirse, y tomaron Macela por asalto. Aníbal, jefe de las fuerzas cartaginesas de tierra, acuartelado en Palermo, supo que entre los aliados de Roma existía disconformidad por el trato recibido y que se hallaban acampados aparte. Cayendo sobre ellos, mató a unos 4.000, entre el Paropo y las Fuentes Calientes de Himera. Aníbal regresó a Cartago, a por instrucciones y pertrechos, y poco después se llegó a Cerdeña, reforzando su flota y sus mandos. Fue allí bloqueado por los romanos, mandados por Lucio Cornelio Escipión (hermano de Cneo) y, tras su fracaso en la acción, juzgado sumariamente por los cartagineses sobrevivientes y crucificado (259). Los romanos, a raíz de este éxito par-

cial, comenzaron a hacer planes sobre Cerdeña: una vez planteada la guerra en el mar, estaba claro que ésta no podía constreñirse a las aguas sicilianas, especialmente desde que los cartagineses, con la ubicuidad que les prestaban sus diversas bases mediterráneas, habían puesto de relieve la vulnerabilidad de las costas occidentales y meridionales de Italia. Durante el resto del año no parece que los romanos hicieran nada particularmente notable en Sicilia; pero, según narran las fuentes, al término del mismo se recrudecieron los encuentros. Llegados los nuevos cónsules, Aulo Atilio y Gayo Sulpicio, comenzaron un ataque a Palermo, donde internaban los púnicos. Estos no aceptaron combate abierto y los romanos fueron a atacar Hippana, que tomaron por asalto, así como Mitistrato, que resistió largamente, ayudada por su excelente situación. Ocuparon luego Camarina, que había desertado de su causa, tras un asedio con máquinas, abriendo una brecha en sus murallas y de igual modo tomaron Enna y varias otras pequeñas plazas de los cartagineses, comenzando el sitio de Lípára.

8. Batalla del Cabo Ecnomo (256). La guerra en Africa

Al año siguiente (257), el cónsul C. Atilio Régulo, anclado en Tindaris, avistó a los cartagineses y se adelantó a atacarlos con un destacamento naval, sin esperar al resto de la flota. Los cartagineses hundieron la avanzadilla y estuvieron a punto de capturar al cónsul y a sus acompañantes. Llegada la flota romana, hundió ocho barcos cartagineses y capturó diez con sus tripulaciones. Los demás barcos púnicos pusieron proa a las islas Lípári. Ambos bandos creyeron haber quedado como antes y decidieron re-



«Cuervo»

forzar sus efectivos navales; los terrestres no hicieron nada digno de nota entre tanto.

Para la siguiente campaña (256), la República decidió llevar a cabo un gran esfuerzo en la construcción naval: se fletó un total de 330 naves (de las que 250 eran de combate), con la intención —que suponía un nuevo cambio cualitativo en la marcha de la guerra— de llevar la amenaza a la propia tierra africana, toda vez que el estancamiento de las posiciones respectivas en Sicilia no parecía sencillo de resolver. Esta nueva y considerable flota fue situada en Mesina. Navegaron desde allí dejando Sicilia a su diestra y doblando el cabo Paquino, para llegar a Ecnomo, en donde esperaban a las tropas de tierra, sumando unos efectivos que algunos autores estiman superiores a la impotente cifra de 100.000 hombres. Los púnicos, con una flota de 350 barcos, se apostaron en Lilibeo y fueron luego a anclar junto a Heraclea Minoa.

Perfectamente conscientes los púnicos de la vulnerabilidad de su territorio patrio, descaban entablar un combate naval que diese del todo al traste con las posibilidades de Roma

para acometer esa acción. Los romanos, por su parte, se prepararon tanto para la lucha marítima cuanto para un desembarco, seleccionando para éste a sus mejores hombres, a los que dividieron en cuatro cuerpos o escuadras, con unos 140.000 hombres embarcados en total, según asegura Polibio. Cada barco llevaba trescientos soldados y ciento veinte marinos. Los cartagineses se prepararon sobre todo para la guerra en el mar, siendo su número de unos 150.000, a juzgar por el de sus naves. Los romanos, sabedores de la mayor rapidez enemiga en mar abierto, discurrieron un orden de navegación que dificultase el ataque. Para ello situaron a sus dos galeras de seis bancos de remos (en que iban M. Atilio Régulo y L. Manlio Vulso) al frente y una junto a otra. Tras cada una se dispuso un escuadrón en fila india, de tal modo que cada par de barcos estuviese bastante distante del siguiente y levemente desfilado respecto del anterior. Los barcos dirigían sus proas a mar abierto (no al barco de delante; esto es, aparecían como en escalera o cuña). La tercera escuadra formó como base del triángulo y tras ella se dispusieron

los transportes de caballos, unidos con maromas a los barcos de la misma. Finalmente, tras ellos, iba la cuarta flota o de los "triarios", en línea sencilla y paralela y de la misma extensión que la tercera.

Los generales cartagineses expusieron a sus hombres claramente lo que estaba en juego. Visto el orden adoptado por la flota romana, se decidieron por uno lineal y de poco fondo. Tres cuartos de su fuerza se alinearon, extendiendo el ala derecha al mar abierto con objeto de cercar al enemigo y con todos sus barcos frente a los romanos. El cuarto restante formó el ala izquierda y se dispuso en ángulo con el resto. El ala derecha la mandaba Hannón (el de Agrigento) y tenían navíos para carga y las quinqueremes adecuadas para movimiento envolvente. La izquierda la mandaba Amílcar, uno de los generales de Tíndaris. Los romanos atacaron por el centro cartaginés —que tenía de Amílcar orden de dejarse empujar para deshacer el orden romano—. Las escuadras primera y segunda persiguieron a los púnicos, dejando atrás a la tercera, con los cargueros, y a la cuarta o de los triarios. Los púnicos, más rápidos, se volvieron contra sus perseguidores, quienes emplearon sus «cuervos» para defenderse, viéndose los cónsules mismos precisados a combatir.

Hannón, con el ala derecha, se hizo a la mar abierta, contra los triarios, a los que puso en grave apuro. Mientras, las naves cartaginesas cercanas a la costa dirigieron la proa al enemigo, atacando a la tercera escuadra. Esta soltó su carga y resistió el choque. La batalla tuvo, pues, tres escenarios simultáneos. Amílcar fue puesto en fuga. Marco acudió en auxilio de las flotas de retaguardia, cogiendo en tenaza a Hannón, que empezó a retroceder. Finalmente, la batalla se saldó con más de 30 naves cartaginesas hundidas, por 24 romanas. Se capturaron 64 barcos púnicos

y ninguno romano fue apresado. La escuadra africana había sufrido mermas importantes, pero conservaba buena parte de sus efectivos (y, desde luego, la capacidad fabril de Cartago). Seguían, por lo tanto, las espadas en alto, si bien la flota romana iba demostrando la eficacia de su lento aprendizaje, muy dependiente aún de tácticas y concepciones características de la lucha en tierra. Los almirantes púnicos regresaron inmediatamente a Cartago para formar una nueva línea de resistencia a los intentos romanos de ocupación.

Los romanos pusieron proa al África, al promontorio Hermeo, ya no lejos de la bahía misma de Cartago. Reunida toda la flota, se encaminó a Aspis (Clypea), donde acostó, rodeándose todo con empalizadas y tomándose la ciudad, que se negaba a rendirse. Dejaron un presidio y enviaron legados a Roma con las nuevas y para pedir instrucciones. Entre tanto, asolaron el país, sin resistencia, saqueando lujosas residencias campestres, adueñándose de grandes rebaños y de más de 20.000 esclavos. El senado dispuso que se quedase uno de los cónsules con fuerza suficiente y que el otro regresase a Roma con la flota. Se quedó Régulo, con 40 naves, 15.000 infantes y 500 jinetes (seguramente por las dificultades de avituallamiento). Lucio regresó a Sicilia y Roma, sin novedad.

9. Fracaso de la campaña de Régulo en África

Los cartagineses dispusieron tropas mandadas por Asdrúbal, hijo de Hannón, y Bóstar, ordenando a Amílcar que volviese de inmediato desde Heraclea a Cartago, lo que hizo con 500 jinetes y 5.000 infantes, manteniendo consejo con Asdrúbal y su estado mayor y decidiendo poner fin a la impunidad romana. Régulo empezó

a asolar las ciudades no fortificadas, y a asaltar las que lo estaban.

Asedió Adis, lugar de alguna importancia, con obras de sitio. Los cartagineses, en su prisa por liberarla y obtener un éxito, acamparon inadecuadamente en una colina, en donde sus jinetes y elefantes no se desenvolvieron bien al ser atacados sin tener tiempo de bajar al llano, como deseaban, pues los romanos apreciaron enseguida su posición desventajosa. No obstante, la infantería mercenaria obligó a retroceder a la primera legión, aunque llevó demasiado lejos la persecución y se vio, en un momento dado, rodeada mientras el resto del ejército era desalojado de su campo. Elefantes y jinetes, una vez llegados al llano, se retiraron en orden. Los romanos, tras perseguir a la infantería y destruir su campamento, señorearon toda la comarca sin dificultad. Aduñándose de la ciudad de Túnez, establecieron en ella el centro de sus operaciones contra la capital misma.

Estas dos derrotas seguidas, naval y terrestre, a las que se sumó una sublevación nómada que se produjo, pro-

vocaron un brusco superpoblamiento en Cartago, con la consiguiente escasez y los problemas previsibles ante un inminente asedio. Régulo no deseaba, en tales circunstancias, dejar la gloria de la toma de Cartago a su sucesor. Los primates cartagineses, enviados a Régulo como embajadores, encontraron sus exigencias extremadamente duras y regresaron no sólo sorprendidos sino, incluso, ofendidos por el rigor del cónsul, según opinión prácticamente unánime de las fuentes, que, incluso, llegó a ordenarles intemperantemente que se marchasen de allí, en una actitud que Diodoro (muy generosamente, en verdad) juzga impropia de la mejor tradición romana e innecesariamente desafiante para con la paciencia de los dioses. Igual fue el sentir del senado cartaginés, aunque era escasa la esperanza que tenía de salvación: no era para menos ya que, según Casio Dion, las condiciones perentoriamente exigidas por Régulo incluían el abandono completo de Sicilia y de Cerdeña, la liberación incondicional de los cautivos romanos, el pago de



Bajorrelieve con escena de batalla

(siglo III-II a. C.).
Museo de Isernia.

todos los gastos de guerra hechos por Roma y el de un tributo anual para el futuro, además del compromiso de no hacer guerra ni paz sin permiso de Roma, entregar o dismantelar la flota de guerra y ayudar a Roma con 50 triremes si se lo pedían. Precisamente, entonces llegó a Cartago, de vuelta de Grecia, un oficial mercenario enviado allí para hacer recluta, con bastantes soldados: Jantipo, lacedemonio, educado en la disciplina espartana y muy ducho militarmente. Conociendo la fuerza de los jinetes y elefantes púnicos, expuso que, a su juicio, la derrota era debida a la incapacidad del mando. Una reunión conjunta aceptó los planes de batalla campal del griego y su deseo de instruir previamente a las tropas en términos ortodoxos. La recuperación moral de las tropas fue visible y al poco partieron de Cartago 12.000 infantes, 4.000 jinetes y casi un centenar de elefantes.

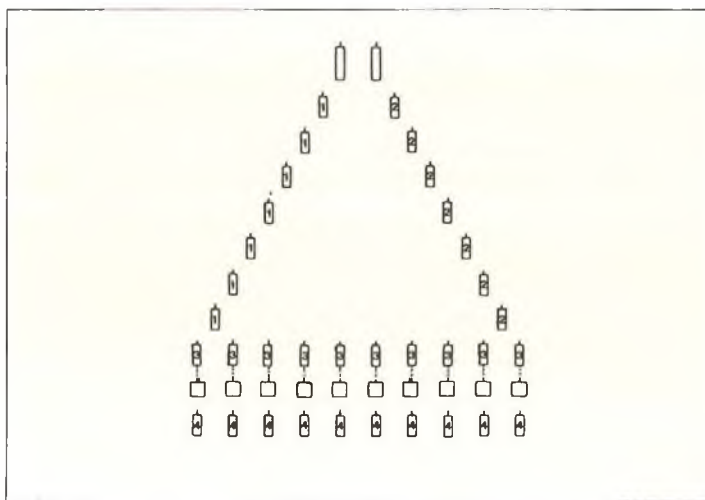
Los romanos se sorprendieron al ver a los cartagineses marchar y acampar por el llano —del Bagradas—. Descaban batir al enemigo y acamparon el primer día a diez estadios de distancia de éste. El entusiasmo del ejército púnico y de Jantipo decidió al alto mando no dejar pasar la ocasión y se concedieron plenos poderes al general espartano. Envío éste por delante a los elefantes, alineados al frente, y, tras ellos, a la falange cartaginesa. Algunos mercenarios formaron el ala derecha y a los mejores, junto con la caballería, los puso al frente de ambas alas. Los romanos, al ver a los elefantes, adelantaron a los vélites y, tras ellos, a las legiones, en formación manipular de mucho fondo, dividiendo la caballería en dos alas. Así, acortando y engrosando sus líneas, pensaban poder resistir la acometida de los elefantes y cubrir las alas con los jinetes. La fuerza de acometida de los proboscídeos y la formación falangística cartaginesa decidieron la acción en el centro sobre los manipulos legionarios, a pesar de al-

gunas ventajas romanas por el ala izquierda. Sólo un pequeño cuerpo romano pudo escapar, huyendo cuesta arriba y no sin bajas, si bien quinientos de sus hombres, entre los que estaba Régulo, fueron hechos prisioneros. Los cartagineses perdieron en la batalla unos 800 mercenarios que resistieron al ala izquierda romana. De los romanos se salvaron en torno a dos mil, que habían perseguido a los mercenarios del ala derecha cartaginesa lejos del campo de batalla, y que llegaron a Aspis, con mucha suerte. El resto pereció, con excepción de los prisioneros dichos.

10. Nuevas desdichas nales y segunda expedición al Africa (255-252)

Nuestras fuentes narran que, tras esta notable victoria por tierra sobre el temible ejército cívico romano, Jantipo regresó a Grecia. Roma no podía seguir con su plan inicial (ataque directo y simultáneo a Cartago por tierra y por mar) pero, no obstante, el Senado decidió no abandonar ni la empresa en tierra africana ni a los soldados supervivientes, refugiados en la fortaleza de Aspis, sitiada por los púnicos. Los efectivos náuticos cartagineses (sobre los doscientos barcos de guerra) esperaban, por su parte, la llegada de la flota romana. A comienzos del verano del 255, 350 navas romanas, mandadas por los nuevos cónsules Marco Emilio Paulo y Servio Fulvio, costeaban Sicilia camino de Africa. Cayeron sobre los cartagineses cerca del Hermeo —Cap Bon, en las proximidades de Aspis—, en donde capturaron numerosos barcos con sus equipajes, rescataron a los soldados de Aspis y se dispusieron a regresar a Sicilia, considerando cumplidos los objetivos momentáneamente propuestos.

Pero, ya pasado el estrecho, los ele-



La flota de Atilio Régulo.

mentos fueron capaces de obtener lo que no habían podido lograr los marinos militares de Cartago: una fuerte tormenta a la altura de Camarina acabó, prácticamente, con la flota de la República. Ochenta barcos quedaron de los trescientos sesenta y cuatro. Decenas de millares de hombres (se ha llegado a estimar que, incluso, cien mil) perecieron ahogados: «La historia —señala Polibio— no registra una mayor catástrofe naval ocurrida en una sola vez». Al decir del historiador de Megalópolis, la culpa fue por entero de los generales, que hicieron caso omiso de las advertencias de sus capitanes y pilotos sobre las características de la costa meridional siciliana en esa época del año (entre la aparición de Orión —julio— y la de Sirio —diciembre—) y menospreciaron, como si estuviesen en tierra, la variabilidad y potencia de los fenómenos marinos. La catástrofe romana, naturalmente, estimuló a los cartagineses, quienes enviaron a Asdrúbal a Sicilia con sus tropas, las de guarnición en Heraclea y ciento cuarenta elefantes, a la vez que comenzaban la construcción de 200 barcos. Asdrúbal pasó el Lilibeo y se dispuso a recuperar el país.

Los romanos, a su vez, consiguieron tener listos 220 barcos en tres meses, según las fuentes, —lo que es difícil de creer— y los nuevos cónsules del 254, Aulo Atilio y Gneo Cornelio, pasaron el estrecho y en Mesina recogieron los barcos restantes y a los supervivientes del desastre de Camarina. Con esas trescientas naves fueron hasta la capital de la zona púnica, Palermo, logrando tomarla tras una serie de acciones inteligentemente combinadas. Dejaron allí una guarnición, que respetó vidas y haciendas de los panormitanos, y regresaron a Roma.

Sus sucesores, Gneo Servilio y C. Sempronio, se hicieron a la mar con toda la flota tan pronto llegó el verano y, tras cruzar a Sicilia, navegaron costearo el Africa con algunos desembarcos sin gran importancia hasta alcanzar la isla de los Lotófagos, llamada Meninx, no lejos de la pequeña Sirte. Su desconocimiento de las costas les hizo embarrancar y pasar por dificultades (hubieron de arrojar al mar buena parte de su carga, cual si fuera lastre), pero pudieron regresar a Palermo doblando el Cabo Lilibeo. De vuelta a Roma, pasando ya por las costas lucanas, fue la flota víctima de

un nuevo y potente temporal que ocasionó la pérdida de más de centenar y medio de navíos, frente al Cabo Palinuro. Roma, doblegada por esta nueva adversidad, renunció de momento a disponer de otra armada de envergadura, lo cual acababa con las posibilidades de una intervención directa en Africa y en la misma Cartago: la capacidad financiera debía de estar al límite, si no sobrepasada ya por la República, cuyos mecanismos económicos de Estado eran aún muy primitivos.

11. Otras acciones en Sicilia: El asedio de Lilibeo y un nuevo fracaso de la flota romana

Contando sólo con las fuerzas terrestres, enviáronse a Sicilia algunas legiones bajo el mando de los cónsules Lucio Cecilio y Gayo Furio, quedando únicamente sesenta barcos para avituallamiento. Cartago era otra vez dueña del mar y confiaba en sus tropas de tierra. El recuerdo temeroso y persistente de los elefantes hizo que, durante dos años, los romanos no se decidiesen a atacar, aunque, tanto en el distrito de Lilibeo cuanto en el de Selinunte, a menudo se hallaron a sólo cinco o seis estadios del enemigo. Todo lo que lograron en ese tiempo fue la toma por asedio de Terma y Lípara, que mantuvieron por lo difícil de su montuoso terreno. El gobierno, consiguiendo, decidió intentar de nuevo una iniciativa limitada por mar, si bien circunscrita a las operaciones sicilianas, y para el consulado de C. Atilio y L. Manlio se encargaron a astilleros cincuenta nuevas naves.

Asdrúbal, general en jefe, apreciando el mal momento psicológico romano y sabiendo que sólo el cónsul Cecilio, con la mitad de las fuerzas, estaba en Palermo, protegiendo el

grano de los aliados —pues la cosecha estaba ya en sazón—, salió de Lilibeo y acampó en la frontera del territorio panormitano. Empezó el ataque, cruzando el río ante Palermo. Cuando lo cruzaban los elefantes, Cecilio envió a los vélites en masa para hostigarlos, lo que obligó al cartaginés a desplegar todas sus fuerzas para prevenir un ataque mayor. Logrado este objetivo, el cónsul dispuso algunas de sus tropas ligeras ante la muralla y el foso, ordenando que no ahorrasen venablos si llegaban los elefantes y que, refugiándose en el foso cuando fuesen desalojados, disparasen de nuevo contra los elefantes que cargasen contra ellos. Mandó a la población de la ciudad (las fuentes se encargan de señalar que a sus clases bajas) que cargasen venablos y los dispusiesen a los pies de la muralla; y él mismo, con sus manípulos, tomó posiciones en la puerta que daba frente al ala izquierda enemiga y se mantuvo enviando constantemente refuerzos a los tiradores. Los conductores de elefantes, ansiosos de exhibirse ante Asdrúbal y de obtener por sí solos la victoria, casi como en tiempos de Jantipo frente a Régulo, se lanzaron al ataque poniendo fácilmente en fuga al enemigo adelantado, a quien persiguieron hasta el foso.

Cuando, al llegar a éste, empezaron a ser alcanzados por los venablos de la muralla y por la lluvia de jabalinan que las tropas de refresco llegadas al foso, los animales, enloquecidos, se volvieron contra sus propias tropas, matando a muchos y deshaciendo las formaciones. Cecilio llevó a cabo una vigorosa salida, con éxito completo. Capturó diez elefantes con sus conductores y, tras la batalla, a los que los habían perdido. Esta victoria tuvo gran efecto moral y dio a los romanos el control de la tierra abierta, así como confianza en su superioridad sobre las tácticas basadas en el empleo de elefantes y la posesión de estos mismos, algunos de los

cuales fueron enviados, para su exhibición, a Roma.

La derrota fue debidamente acusada en Cartago y valió la muerte por ejecución legal a su responsable, Asdrúbal. Estimulados por el éxito, los nuevos cónsules (250) zarparon para Sicilia con 200 naves, en el que ya era décimocuarto año de guerra ininterrumpida. El objetivo, puesto que se controlaba Palermo con seguridad, era tomar Lilibeo. Ello exigía acciones combinadas en las que se unieran ejército y flota, pues, tomada la ciudad, parecía mucho más sencillo volver a llevar la guerra al África, contando con una base prácticamente frontera a Cartago misma. Exactamente igual era la composición de lugar hecha por los cartagineses que, en consecuencia, abandonaron todo otro

proyecto para defender una plaza que, de perderse, haría a los romanos dueños de toda la isla excepto de la aislada Drépano y poca cosa más. La bahía dominada por la ciudad de Lilibeo requería, para su navegación, de gran pericia. El asedio romano se planteó como una acción particularmente compleja, que hubo de exigir lo mejor de las capacidades del estado mayor romano y la realización de obras de gran fuste, según las detalladas descripciones de las fuentes; esfuerzos que corroboran el valor que se otorgó, lúcidamente, a la acción por parte de ambos bandos.

Los romanos establecieron dos campamentos fortificados, algo distantes entre sí y enlazados por un sistema de fosos, trincheras y parapetos continuados y comenzaron sus ataques

Crátera en terracota procedente de Centuripe, Sicilia (siglo III a. C.).
Museo de Siracusa.



centrando las tareas de demolición en uno de los torreones del amurallamiento enemigo, que comenzó a sufrir graves deterioros por el lado que miraba al Africa. Himilcón defendía bien sus posiciones con obras de contraminado y zapa, así como con incendios de las torres y máquinas romanas de asalto y salidas, a menudo muy cruentas para ambos bandos. Pero la situación en el interior de la plaza era muy penosa. Algunos de los comandantes de tropas mercenarias —que llegaron, acaso, a sumar unos diez mil hombres— acordaron con sus subordinados pactar la entrega, por separado, a los romanos. En una salida nocturna, entraron en contacto con las avanzadas romanas y se presentaron al cónsul; pero fueron denunciados por un aqueo, Alejo, que ya antes había desempeñado un papel de similar lealtad, salvando a los acragantinos cuando los mercenarios griegos tramaron algo parecido, lo que permitió a Himilcón volver a hacerse con el control del contingente.

Llegó de Cartago, entre tanto, un envío de 50 naves con numerosas tropas de refresco, que anclaron en las Egusas (Egadas o Egates) esperando allí tiempo favorable. Cuando el viento lo fue, irrumpieron súbitamente frente a la flota romana que, sorprendida y con temor a ser arrastrada por el fuerte viento al interior del puerto enemigo, prefirió dejarlos pasar. Toda la población se había aglomerado «en las murallas con el ánimo suspenso en agonía» (*men ego-nia to symbesomenon*) y animó y aplaudió la hazaña de Aníbal, hijo de Amilcar, trierarca de la flota y amigo íntimo de Adhérbal.

Himilcón intentó, una vez más, incendiar las obras enemigas. Los romanos, prevenidos, le hicieron frente en un acre combate en el que los atacantes eran unos 20.000 y en parecido número los atacados, que se trabaron mayoritariamente en luchas individuales. Tras muy fuerte pelea, sobre

todo en torno a las máquinas e instalaciones que pretendían incendiar los cartagineses, Himilcón dio orden de retirada, quedando, con ello, a salvo lo principal de las instalaciones romanas de asedio.

Aníbal zarpó inadvertidamente y por la noche hacia Drépano, a unos 120 estadios de Lilibeo, para unirse con Adhérbal. La audacia y la habilidad de un rodio, asimismo llamado Aníbal, y de su tripulación mantuvieron a Cartago informada de lo que ocurría en Lilibeo, siendo inútiles los esfuerzos de la flota romana por capturar a tan descarado observador, que franqueaba (con su solo barco e insuperables maestría y conocimiento de los lugares, escollos y bajíos) impunemente el bloqueo, llevando informaciones y noticias entre Lilibeo y Cartago.

Los romanos, en este juego de riesgos de navegantes aislados que, a imitación del rodio, se decidieron a aprovechar su conocimiento de los esteros y bajíos, llegaron a capturar un barco de extraordinaria construcción al que asignaron una tripulación de elite. Así capturaron al Rodio y a su barco —al que dieron inmediato empleo, por su magnífico diseño— con lo que se terminaron estas aventuras incursiones que demoraban el final del asedio y minaban fuertemente la moral de los asediados.

Durante una tremenda tempestad de viento, los asediados pensaron que había ocasión de destruir las obras romanas, algunas de ellas bamboleantes, a las que pusieron fuego en tres puntos, con pleno éxito y causando terror y muertos, pues el huracán hizo prácticamente imposible apagarlas. Los romanos, a partir de ese día, cambiaron su táctica y vallaron y atrincheraron el circuito de la ciudad, rodeándose a sí mismos de una muralla —en previsión de un ataque desde Drépano— y confiando en el tiempo, más que en el asalto, para la toma de la plaza. Los cartagineses recons-

truyeron las partes derruidas de sus muros y esperaron confiados el final del asedio.

Llegadas a Roma estas malas nuevas, se reclutaron nuevas tripulaciones —hasta 10.000 hombres— y se enviaron a Sicilia, cruzando el Estrecho y haciendo el resto del camino a pie. El nuevo cónsul de 249, P. Claudio Pulquer, decidió que había que intentar tomar Drépano con empleo de toda la flota, pues Adhérbal no estaría preparado y sí en la creencia de que la fuerza romana estaba muy debilitada. Saliendo de noche, y dejando la costa a estribor, avistaron Drépano al amanecer. Adhérbal decidió correr cualquier peligro antes que someterse a un bloqueo y, tras arengar a sus gentes, se dirigió a la batalla en el mar.

Publio, cuya flota no estaba aún reunida, no esperaba tal reacción; ordenó el agrupamiento en la entrada de la bahía, lo que causó mucho desorden en sus filas y fracturas de remos, etc., no obstante lo cual se pudo formar una línea con las proas al enemigo. Adhérbal pudo sacar parte de sus naves fuera de la rada y se convirtió en atacante desde la mar abierta con gran ventaja sobre los romanos, que estaban pegados a la costa y sin apenas capacidad de maniobra (ni espacio para una eventual retirada). El combate, igualado al principio, fue favorable a los cartagineses por rapidez, mejor diseño de navíos y entrenameamiento de remeros y por la posición, más favorable, que les permitía socorrer a sus barcos en peligro, mientras que los romanos no tenían espacio para una segunda línea. Claudio emprendió la huida, desde su posición en el ala izquierda, seguido de unos treinta barcos cercanos a él. Los noventa y tres que quedaron fueron capturados por el enemigo, así como sus tripulaciones, excepto aquéllas que, habiendo acostado sus barcos, donaron y huyeron.

Publio Claudio fue condenado en

Roma, en donde se le siguió un proceso que acabó en sentencia infamante. Como derrota naval a manos propiamente, del enemigo, era la primera de gran fuste sufrida durante la guerra. Y a las acusaciones de tipo meramente político-militar se unieron otras, de tipo cívico-religioso, relativas al menosprecio mostrado por el cónsul comandante hacia los augurios negativos recibidos antes de plantear la acción y que, según las fuentes, llevaron a que Pulquer ordenase que los pollos sagrados, que se negaban a comer —augurio desfavorable—, fuesen arrojados al agua —«Pues no quieren comer, que beban».

Entre tanto, su colega, L. Junio Pulo, navegaba con grano y ayuda para los sitiadores de Lilibeo, con 60 naves. Llegó a Mesina y se le unieron allí los barcos de Lilibeo y de las flotillas y destacamentos navales romanos del resto de Sicilia. Navegaron rápidamente a Siracusa, 120 naves y 800 transportes en total. Allí confió la mitad de los transportes y unos pocos navíos de guerra a los cuestores y él quedó en Siracusa, esperando las naves que había dejado atrás en la marcha desde Mesina y consiguiendo provisiones y granos de los aliados del interior.

Adhérbal envió a Cartago a los prisioneros y barcos capturados y dio a su colega Cartalo 30 naves, además de las 70 que había traído, ordenándole que zarpase rápidamente contra las naves romanas de avanzadilla, que capturase las que pudiera e incendiase las demás. Cuando Cartalo comenzó con éxito su acción hubo gran conmoción en el campamento romano. Vista por Himilcón y como fuese la hora del alba, envió éste tropas a atacar a los romanos por tierra. Cartalo, habiendo tomado algunas naves y destruido otras, dejó Lilibeo y navegó hacia Heraclea, permaneciendo vigilante como si pensase interceptar a la flota romana que acudía.

Cuando ésta fue avisada, los cuestores, que no se estimaron lo bastante fuertes para la batalla, anclaron junto a una pequeña plaza fuerte sometida a Roma, que carecía de rada pero que tenía una lengua de tierra que permitía un anclado más o menos seguro. Desembarcaron allí y montaron las catapultas y máquinas que les facilitó la fortaleza aneja, esperando el ataque púnico. Los cartagineses pensaron primero en asediarlos, creyendo que las tripulaciones se habían refugiado en la ciudad; pero al ver la resistencia decidida de los romanos, se llevaron unos cuantos barcos cargados de provisiones y zarparon hasta la desembocadura de un río cercano, en la que anclaron esperando que los romanos se hiciesen a la mar.

El cónsul partió de Siracusa doblando el Cabo Paquino en dirección a Lilibeo sin saber qué había sido de su avanzadilla. Cuando se avistaron ambas flotas, el cónsul ni quiso trabar combate ni pudo escapar, por lo que puso rumbo a una parte peligrosa de la costa, prefiriendo eso que no caer en manos enemigas. El cartaginés no quiso aventurarse y esperó junto a un cabo, entre ambas flotas romanas y a la vista de las dos. Amenazando el tiempo con una fuerte tormenta, los cartagineses doblaron el Paquino y se guarecieron. Las dos flotas romanas fueron, otra vez, enteramente destruidas por la tempestad.

12. Los años 248 a 242.

Amílcar Barca

Ello pareció inclinar la balanza de la guerra del lado cartaginés. Roma, empero, no abandonó el sitio a Lilibeo y se continuó con el envío ininterumpido de suministros por tierra a los sitiadores. Junio Pulo deseaba reparar el desastre que lo había tenido como responsable oficial y pudo tomar por sorpresa Eryx (Erice) y su reputado templo de Afrodita (Venus Eri-

cina), entre Drépano y Palermo, adueñándose del monte y la ciudad homónimos.

Los cartagineses, por su lado, encomendaron el mando a Amílcar Barca, quien comenzó por saquear las costas itálicas (era ya el 18.º año de guerra) y, tras devastar Locris y el Bruttio, fue a territorio de Palermo. Allí se estableció en Hercte (Monte Pellegrino), entre Erice y Palermo, dominando desde su altura el entorno y en buena posición desde todos los puntos de vista, estratégico y de avituallamiento. Desde allí, en una política de respuesta a las iniciativas romanas, asoló repetidamente las costas de Italia hasta Cumas, volviendo a poner de relieve la confianza cartaginesa en su supremacía marítima, y durante tres años atacó a los romanos de Palermo por tierra. No obstante, bloqueados los puertos sicilianos y sin una base itálica, las acciones de Amílcar no le permitían una adecuada explotación del éxito, de manera que nadie obtuvo una ventaja decisiva. Amílcar se propuso, en consecuencia, obtener una más amplia base de operaciones en la isla.

Los romanos tenían guarniciones en la cima y al pie del Erice. Amílcar tomó la zona urbana intermedia, con lo que los romanos de la cumbre quedaron peligrosamente sitiados mientras que los cartagineses supieron resistir los ataques y mantener su línea de contacto exterior por mar, gracias a la cual les llegaban los avituallamientos de Africa. En tal situación estuvieron durante dos años, prolongándose de manera extenuante la guerra de posiciones. El costo en moral, hombres y dinero de todo esto era muy grande para ambos Estados. Pero, a pesar de todo, los romanos, aunque llevaban casi cinco años fuera de la mar a causa de sus desastres navales, por tercera vez se decidieron a construir una flota. Intentaban con ella lograr cortar los suministros púnicos a Erice y acabar, de este modo,



Murallas cartaginesas de Erice, Sicilia.

la guerra. No había fondos para la empresa; pero, «a causa —dicen las fuentes— del ánimo patriótico y generoso de los principales ciudadanos», se procuró lo bastante como para acometerla. Así, cada uno o cada dos o tres, según sus medios, proveían de una quinquerreme completamente equipada, en la inteligencia de que serían reembolsados en el futuro si las cosas iban bien. Así se logró una flota de 200 naves, todas según el tipo de barco de los rodios.

13. La victoria de las Egates y el fin de la guerra. La paz de Lutacio Catulo (242-241)

Dióse el mando de la misma y de todo su contingente al cónsul Cayo Lutacio Catulo que partió al frente de esa fuerza a comienzos del verano (242), apareciendo de repente en la bahía de Drépano y en las zonas en torno a Lilibeo, de donde se había marchado la flota enemiga. Construyó en torno a Drépano abundantes obras de asedio, pero no olvidó que el

fin de la expedición era el de ganar una victoria naval que acabase con la guerra, por lo que adiestró intensamente a sus hombres y sus tripulaciones, sin descuidar que tuviesen buena alimentación.

Llegadas las nuevas a Cartago, zarpó la flota bien equipada, al mando de Hannón, quien llegó a la Isla Sacra planeando pasar, tan pronto como pudiese, a Erice, sin ser visto y, tras aligerar los navíos de vituallas y embarcando a los mejores mercenarios, unirse con Barca mismo y vencer a los romanos. Lutacio, adivinando el propósito, se propuso impedir que en la flota de Hannón, cuyos combatientes eran reclutas, embarcasen los veteranos de Amílcar; para ello, dispuso a una fuerza escogida y zarpó hacia la isla de Egusa, frente a Lilibeo, decidido a combatir al día siguiente y seguro de que la ventaja en sus posiciones, lograda por la tarda reacción púnica, debía ser aprovechada. Justo al alba, el tiempo era tormentoso. Pero, no obstante, decidió no esperar, pues los barcos cartagineses estarían aún cargados y Hannón y

Amilcar separados todavía. Pronto, pues, tuvo a su flota formada en línea, con las proas al enemigo, frente a las pesadas naves cartaginesas, aún no desembarazadas de su carga de viaje y que se vieron obligadas a abatir su trapo para estar en condiciones relativamente llevaderas de combate. La situación era la inversa a la de Drépano, así que el resultado lo fue también y la victoria romana, completa. Se les hundieron 50 barcos y 70 fueron capturados con sus tripulantes. Los restantes, aprovechando el viento favorable, llegaron a la Isla Sacra, tras haber desplegado sus velas, aprovechando unos momentos de viento favorable. El cónsul se dirigió a Lilibeo, hacia las legiones, en donde se ocupó, entre otras cosas, del destino de los prisioneros, que fueron casi 10.000.

Cartago, ahora en muy mala situación respecto de sus gentes en Sicilia, dio plenos poderes a Barca, que actuó como el jefe prudente y competente que era, enviando una embajada a tratar la paz que Lutacio, según narra Polibio, propuso en estos términos: «Habrà amistad entre los cartagineses y los romanos en los términos siguientes, si los aprueba el pueblo ro-

mano. Los cartagineses evacuarán por entero Sicilia y no combatirán contra Hierón ni contra los siracusanos ni sus aliados. Los cartagineses devolverán sin rescate a todos sus prisioneros. Los cartagineses pagarán a los romanos, en plazos y durante veinte años, 2.200 talentos euboicos de plata». Pero el pueblo romano rechazó el tratado y envió para estudiar el caso a un grupo decenviral. El plazo de pago se redujo a diez años, la multa subió a 3.200 talentos y se exigió la evacuación «de todas las islas entre Italia y Sicilia». Este tratado (cuya última cláusula cobró, luego, especial importancia) se refleja en términos similares en casi todos los autores y, por su importancia intrínseca, aparece mencionado en Zonaras, Livio, Apiano, Orosio y otros.

Tal fue el final de esta guerra por la posesión de Sicilia. Duró veinticuatro años y fue la guerra más larga, ininterrumpida y mayor que se había conocido hasta entonces en el Mediterráneo. El total de fuerzas navales comprometidas simultáneamente llegó a ser de más de quinientas quinqueremes y, luego, de casi setecientas. Los romanos, perdieron unas setecientas y los cartagineses unas quinientas.

Contribución voluntaria de los ricos al esfuerzo de guerra (año 243)

«Los romanos ponían igual ahínco en su lucha por los medios materiales, aunque hacía casi cinco años que habían dejado por completo las operaciones navales, a causa de los desastres (años 255, 253, 249) y porque, además, estaban persuadidos de que su infantería decidiría la guerra. No obstante, al comprobar que las cosas no iban según lo previsto, a causa, sobre todo, de la pericia del general cartaginés, por tercera vez acordaron confiar en las fuerzas navales, por creer que sólo mediante un expediente de esa clase podrían terminar la guerra con ventaja, si eran capaces de dirigir la empresa con tino.»

«Primero se habían doblegado ante los caprichos del Destino y se habían retirado de la mar; luego, habían sido vencidos en

Drépano. Así, se trataba de su tercer intento (y gracias a ello vencieron) [...] En la iniciativa fue determinante su moral combativa, puesto que en el tesoro público ya no había fondos para llevarla adelante; pero se halló medio de ponerla en marcha merced a la emulación y la generosidad que hacía el bien general mostraron los principales ciudadanos. En efecto: bien individualmente, bien asociados dos o tres, según sus posibilidades, se ofrecieron a suministrar una quinquerrema equipada, con la condición de recobra el gasto si las cosas salían como se esperaba. De tal modo apenas se tardó en disponer doscientas quinquereμες, que construyeron según el modelo del barco [capturado a Aníbal el] rodio...».

De modo que, en gráfica expresión polibiana, quienes se asombraban en su tiempo de las grandes batallas navales y flotas de Antígono, Tolomeo o Demetrio se maravillarían si supiesen la envergadura que tuvo esta guerra. Y —añade— «si se tiene en cuenta la diferencia entre las quinqueremes y las tirremes como las que los persas emplearon contra los griegos o los atenienses y los lacedemonios unos contra otros, veráse cómo nunca hubo en el mar fuerzas de tal magnitud». Esto confirma «el aserto que me atreví a hacer de que el ascenso de los romanos no se debió a la suerte ni fue involuntario, en contra de lo que algunos griegos prefieren pensar; sino que, aprendiendo por sí mismos en tan amplias y peligrosas empresas, era enteramente natural no sólo que lograsen ánimo para intentar un dominio universal sino que llevasen a término tal propósito».

14. Algunas consecuencias de la victoria siciliana

No fue la menor el desarrollo rápido del mundo de los negocios, en todos sus sentidos. La moneda, por ejemplo, singularmente bien estudiada por Mattingly y Crawford, debió de jugar un papel más notable del que se le suele atribuir, con todas las consecuencias que ello comporta en cuanto a facilidad para el negocio y el endeudamiento, los pagos de Estado, la especulación, etc., aunque la economía romana no pasase, por ello, a ser de tipo predominantemente monetario. Ya desde el 269 se acuñaban en Tarento didracmas de plata por cuenta de Roma. Uno de los papeles desarrollados por el inteligente Hierón II fue el de ejercer como intermediario entre los romanos y el gran reino lágida de Egipto (al que Roma había ya enviado una embajada en el 273) y, en términos generales, el aflujo de metal que hubo de suponer la

llegada regular de los pagos cartagineses, junto con la relación pacífica establecida con la próspera y dinámica Siracusa hierónica, tuvieron que influir ampliamente en una Roma que, desde entonces, potencia visiblemente el papel portuario y comercial de Ostia.

En estas oportunidades dinerarias y mercantiles (arriendos de suministros de guerra, de atarazanas y astilleros, etc.) han de buscarse las raíces mediatas del vigoroso desarrollo de ese grupo social económica y políticamente privilegiado que, constituyendo todo un estamento oficial de la República y su segundo nivel aristocrático, sería, en el siglo II, coagulante de enormes negocios: el *ordo equester*, la nobleza de rango ecuestre y sus sectores vinculados por intereses económicos. Su desarrollo, en todo caso, aunque incipiente, es tan rápido como obtener, en el 218 a. de C., prohibiciones jurídicas notables muy restrictivas para con la actividad mercantil de los miembros del *ordo senatorius*: una sociedad más dinámica y una cierta especialización de las oligarquías dirigentes, con intereses ocasionalmente más contradictorios que antaño, nacía de la situación de potencia transitórica de Roma y de su condición hegemónica sobre las más importantes ciudades no semíticas del occidente mediterráneo. Se creaba, asimismo, la nueva entidad jurídica de la provincia en sentido territorial (*provincia Sicilia*), inicialmente a cargo de un cuestor *classicus* (naval) y, poco después (probablemente, en 227), de un propretor con sede permanente fuera de Roma, en Lilibeo, con mando sobre la legión destinada en la isla y, en la práctica, de carácter omnipotente (pues poseía *imperium*) en la Sicilia romana; imperio limitado únicamente por los privilegios que el Senado hubiera decidido conceder a tales o cuales ciudades (como Mesina o Tauromenio) por su comportamiento leal durante las luchas previas.

II. Roma entre las dos primeras Guerras Púnicas

1. La guerra inexpiable. Córcega y Cerdeña en poder de Roma (240-237)

La debilidad y postración de Cartago fueron inmediatamente aprovechadas, exhaustiva e implacablemente, por Roma y, en esos primeros años, se reveló plena de ambiciosa astucia la actuación de los senadores que habían logrado la modificación de la cláusula de cesión de islas circumsicilianas propuesta por Catulo a los púnicos. Para los cartagineses hubo de resultar dramáticamente grave el no haber logrado, en tantos años de lucha, sino una sola victoria naval sobre Roma que mereciera tal nombre: el expediente ingenioso de los «cuervos» de Duilio —que, además, no parece fuera vuelto a emplear tras Ecnomo— no podía explicarlo todo; quizás los romanos se acreditaron, en definitiva, como mejores combatientes en el mar por sus técnicas genéricas de abordaje, que desarrollaron muy bien frente a las naves enemigas (con una velocidad bastante baja, quizás en torno a los cinco nudos); también hubo de resultar evidente que la potencia demográfica de Roma y de sus aliados, mucho mayor que la púnica, era un factor determinante. Seguramente, reflexiones de esta clase acabaron por convencer a los cartagineses de que la única posibilidad

verdadera de derrotar a los romanos radicaba en vencerlos en su propio suelo.

Pero, por el momento, se trataba de intentar liquidar con rapidez los efectos desastrosos de la derrota. Inmediatamente tras la aceptación oficial de ésta, se produjo una revuelta de los mercenarios y de los númidas al servicio de Cartago en territorio africano. Nuestras fuentes —Polibio y Diodoro, sobre todo— parece que recogieron informaciones procedentes de un relato favorable al grupo de los Barca. Esta Guerra de los Mercenarios fue, en frase del historiador de Megalópolis, una guerra sin cuartel y sin norma, inexpiable, en la que ambos bandos no repararon en medios para lograr, pura y simplemente, el aniquilamiento absoluto del contrario. Mientras Amílcar Barca regresaba al África y encargaba a Giscón la evacuación de Sicilia (cuyo centro de operaciones fue Lilibeo), los mercenarios, que acudieron escalonadamente a Cartago, reclamaron sus soldadas atrasadas. Las dificultades para proceder al pago o el deseo de regatearlo provocaron motines en el lugar de concentración (Sicca, al suroeste de la capital cartaginesa), pues los soldados reclamaban violentamente el cumplimiento de las promesas hechas otrora en Sicilia por Amílcar. Cartago dio carta blanca al más notorio rival político de éste, Hannón. Li-

bios, ligures, celtas, íberos, baleares y griegos formaban, aún, un contingente importante que se acantonó en los alrededores de Túnez. Este movimiento conminatorio aterrizó a las autoridades púnicas, que accedieron a cumplir con todas las exigencias de los mercenarios, encargando a Giscón la verificación de los pagos. Algunos de éstos —claramente abusivos, como el que subvenía por los caballos muertos en acción, aunque los animales habían sido suministrados por Cartago misma— no pudieron llevarse a cabo de inmediato.

Espendio, esclavo osco fugitivo y oficial de tropas mercenarias, y un jefe libio, llamado Mato, se hicieron designar generales, ejecutando a los elementos más proclives al pacto y aprisionando a Giscón. La tradicional displicencia con que Cartago trataba a los libios significó un alzamiento general de éstos, ante coyuntura tan propicia, llegando refuerzos que los historiadores griegos evalúan en unos 25.000 hombres, provistos de dinero y de vituallas para una larga acción de guerra. Utica e Hippo Acra fueron asediadas mientras otro cuerpo de ejército, con base en Túnez, obligaba a los cartagineses a encerrarse tras sus muros. Hannón aprovechó la mala estación para preparar la contraofensiva. Al año siguiente (240), con cien elefantes y 15.000 hombres, no pudo liberar Utica. El mando fue, por ello, otorgado a Amílcar, que tampoco logró levantar el sitio uticense, si bien venció, con ayuda de los númidas del príncipe Navara, a Espendio: los vencidos fueron puestos en libertad, pudiendo optar por repatriarse o volver al servicio de Cartago.

Mato, Espendio y un tercer jefe, el galo Antárito, decidieron no pactar: dieron muerte, con feroces tormentos, a todos los prisioneros cartagineses (unos setecientos, incluyendo a Giscón), a sabiendas de que, mediante tal expediente, Amílcar no podría



Estela votiva en tufo. Figura femenina con una flor de loto descubierta en Mte. Sirai, Cerdeña (siglo IV-III a. C.). Museo Arqueológico de Cagliari.

mostrarse de nuevo generoso, en caso de victoria, con lo que los mercenarios, casi irremisiblemente, estaban abocados a combatir hasta el final. Cartago respondió con igual medida (los prisioneros mercenarios fueron aplastados por los elefantes). Amílcar condujo magistralmente la campaña, liberó a Cartago del asedio y redujo a Espendio a una situación desesperada (en la que los mercenarios llegaron a practicar el canibalismo para subsistir, comiendo, primero, a sus prisioneros y, después, a sus esclavos). Aunque no es posible averiguar los detalles ni llevar a cabo el proceso de intenciones de Amílcar, Polibio informa de que Espendio, con otros nueve jefes, se entrevistó con él para tratar de la paz. El general exigió poder elegir a diez prisioneros, a cambio de los cuales dejaría libres a los restantes sublevados. Aceptada la condición, los emisarios mismos fueron

apresados. Las tropas rebeldes, sin sus jefes principales, fueron cercadas y aniquiladas por Amílcar. Quedaban, aún, los contingentes de Túnez; y la guerra, a través de estos episodios secundarios, mostró en toda su crueldad una condición feroz: Espendio y sus compañeros fueron crucificados a la vista de sus propios soldados, medida a la que respondió Mato capturando y crucificando, en igual lugar, al lugarteniente de Amílcar. La derrota de aquél en Leptis Minor puso fin a la guerra, que había durado hasta el 237.

Al comienzo de la rebelión, los mercenarios de guarnición en Cerdeña se sumaron a la misma, tras asesinar a sus jefes púnicos. Las tropas enviadas desde la metrópoli se unieron, asimismo, a la revuelta, que incluyó una matanza de los cartagineses de residencia sarda. A medida que los mercenarios tenían, en Africa, menores esperanzas de supervivencia, aumentaba el temor de los soldados de Cerdeña: se dirigieron, pues, a Roma —que no podía aceptar prestarles ayuda, para no violar el tratado de Catulo y para no estimular conductas semejantes—. Inicialmente, los romanos rechazaron la propuesta. Pero algún tiempo después (238) una expedición regular partía de Italia a la conquista de la isla. Roma no escuchó en modo alguno las reivindicaciones de Cartago ni sus apelaciones a la tan cacareada «fides Romana»: ocupó la isla e impuso, cínicamente, a Cartago una nueva indemnización, por gastos de guerra, de 1.200 talentos, considerando descaradamente acciones hostiles a Roma las iniciales medidas cartaginesas de preparativos para apaciguar Cerdeña y recuperar su control. Esta actuación romana (que, de hecho, hacía un lago propio del Mar Tirreno) ocluyó toda posibilidad de negociación y de reconciliación futura y fue determinante para que Cartago apoyase, ya sin vacilaciones, el propósito de Amílcar y su facción de

hacerse con un imperio en Hispania, objetivo al que, probablemente, se opusieron hasta entonces Hannón y los suyos, más bien partidarios de concentrar los esfuerzos en la expansión de Cartago por tierras africanas. Polibio —a pesar de su filorromanismo— no encuentra palabras con que justificar esta actuación de la República. No sin resistencia por parte indígena (que parece no cesó hasta el 231), tanto Cerdeña como las costas de la vecina Córcega fueron tomadas por el ejército romano y ocupadas en permanencia en condición provincial: de este modo, entre 227 y 225 el número de magistrados de rango pretorio y dotados de *imperium* pasó, en la República, de dos (el *urbanus* o magistrado judicial civil y el *peregrinus*, para causas concernientes a extranjeros) a cuatro (uno ejerciente en Sicilia y otro en las grandes islas tirrénicas).

2. Los problemas de Roma en Italia y en la Galia Cisalpina

El control de Cerdeña y Córcega surgió directamente como una consecuencia de la lucha contra Cartago. Derivado, seguramente, del control de las islas y del temor de los ligures a la presencia romana en Córcega fue un movimiento de rechazo, pronto apagado por Roma, que se adueñó de los puertos de Pisa y Luna, al norte del Arno.

Pero una preocupación muy grave y sin vinculación directa con la I Guerra Púnica exigió grandes esfuerzos de Roma en estos años: el problema de los celtas de la Galia Cisalpina, vinculado al de las demandas de suelo cultivable por parte de la plebe menos favorecida, la cual encontró capaces defensores en la *gens* Flaminia. En resumidas cuentas se trató de un amplio movimiento de pueblos, acaso empujados por los celtobelgas de más al norte, que ya se manifestó

en 236, capitaneado por los boyos, causando cierta alarma. En el 225 los lingones, insubros, gesatas, taurinos y boyos (el importante pueblo cenomano, al este del río Tesino, se abstuvo de intervenir), coligados, descendieron hacia Etruria (Vulci), con un contingente de más de 50.000 hombres que lo arrasaba todo a su paso. Cogidos entre dos ejércitos romanos, los celtas fueron derrotados en Telamón (cerca de Grosseto, al norte de Cosa, en la costa oeste. Las fuentes mencionan 40.000 muertos enemigos en la batalla). Ello facilitó una ofensiva inmediata contra los boyos (224), contra los insubros, más allá del Po (Milán, su capital, fue ocupada en el 222), y, por último (en ese mismo año), la gran victoria militar de Marco Claudio Marcelo en Clastidium (hoy Casteggio, en el distrito de Pavia), contra los restos de la confederación gálica, cuyo jefe, Viridomar, murió a manos del general romano. Nacería enseguida una provincia gala (comprendiendo, aproximadamente, las actuales Lombardía y Emilia), en vecindad con los vénetos, en la que se produjo el establecimiento de importantes colonias en los territorios padanos conquistados (Plasencia, Cremona) y una red de comunicaciones nucleada en torno a la importante vía Flaminia, entre Rimini (creada en el 268) y Espoleto.

3. Roma en la orilla oriental adriática. Las Guerras Ilíricas. Implicación de la República en el mundo helenístico

Las costas orientales adriáticas están muy próximas a la Apulia (Estrecho de Otranto) y a las antiguas tierras de los mesapios y los yápigos. La situación interna de los Estados griegos oponía, circunstancialmente, por un lado, a la Macedonia de Demetrio II

y, por otro, a las Ligas Etolia y Aquea, todas ellas con pretensiones hegemónicas sobre la Grecia continental. Momentáneamente, Demetrio había pactado con el reino de los ilirios para hacer frente a la Liga etolia. La reina viuda iliria, Teuta, tutora (231) del heredero Pinnes, hijo de Trita, llegó a controlar buena parte del Epiro y una franja costera e insular con ciudades griegas de nota, entre las islas de Corcira y de Issa, por cuyas aguas siguieron los barcos ilirios ejerciendo su normal actividad predatoria, considerada por los Estados helenísticos (incluida Roma) como simple piratería. Fuese por su deseo de ayudar a los griegos (Apiano) o por proteger sus propios intereses mercantiles y navales (Polibio). La ciudad de Brindisi se había fundado en el 244), es el caso que Roma intervino en la zona, encontrándose el *casus belli* en la muerte de un embajador romano a manos ilirias, tras lo que, al parecer, fue un grave incidente en una ciudad epirota, en la que ilirios al parecer incontrolados dieron muerte a los negociantes itálicos.

En el 229 (antes, pues, de las grandes acciones militares contra los gallos cisalpinos), una potente flota republicana, mandada por los cónsules del año, zarpó hacia las aguas conflictivas, en las que la flota (mínima) de los etolios se había mostrado incapaz de mantener el orden. Uno de los generales griegos al servicio de Teuta, Demetrio de Faros, se pasó a los romanos, a quienes entregó Corcira, cuya población aprobó la *deditio in fidem* a la República. El ejemplo, seguido por otras ciudades griegas del área, fortaleció la posición romana. La flota no encontró grandes dificultades para apoderarse de Issa y de Faros ni para efectuar incursiones de castigo en las poblaciones del sur ilirio. Teuta, reducida a su capital de guerra, Rhisinium, solicitó, en el 228, la paz a Roma, que se firmó en los consabidos términos, los cuales in-

cluían una cláusula de delimitación fronteriza por la que Iliria quedaba, por el sur, obligada a no sobrepasar el paralelo de Lissius, al norte de Dirraquio. Los territorios al meridión de ese punto (con Dirraquio y Apolonia) fueron considerados como *amici* por los romanos —lo que, de hecho, suponía relaciones de protectorado y patrocinio hegemonizadas por Roma— y la tutela directa de la paz y de los intereses de la República en el área fue encomendada a Demetrio, instaurado como jefe del Estado de Faros.

Estas acciones, en las que Roma hubo de mantener frecuentes contactos diplomáticos con los Estados griegos afectados e interesados en el aniquilamiento de las actividades ilirias, supusieron la decidida inclusión de la República como un factor permanente en la estabilidad de los territorios del occidente griego: la actitud de Roma estaba legitimada, desde el punto de vista internacional, por el desarrollo de sus propios intereses adriáticos, dañados por la piratería. Su victoria en el conflicto favorecía, evidentemente, a los Estados griegos ribereños y ello motivó una conducta de éstos para con Roma claramente agradecida, admitiéndola —como a un Estado heleno más— a las seculares celebraciones de los Juegos Istmicos. Empero, una poderosa monarquía, la macedonia, podía sentirse perjudicada por el nuevo rumbo de los acontecimientos: el reino de Agrón, Teuta y Pinnes había sido su aliado y un arma excelente para detener los deseos hegemónicos de las Ligas Etolia y Aquea, rivales del reino de Demetrio y de su sucesor, Antígono Dosón, en la lucha por el control del Occidente helénico. Algo semejante —aunque nuestra información sobre el particular es muy escasa— debió de ocurrir con el Estado epirota.

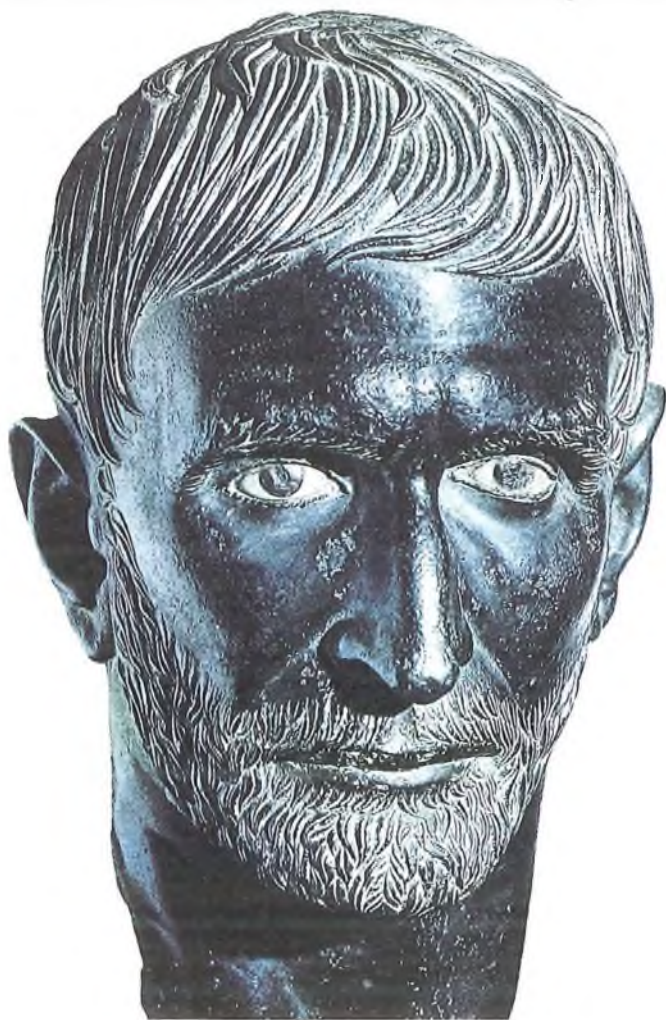
En el 223, cuando Roma se hallaba absorbida por sus acciones contra boyos e insubros, Demetrio y Antígo-

no pactaron acciones conjuntas que liberaron a Macedonia de sus preocupaciones occidentales y le permitieron emplearse fondo en sus acciones sobre la Grecia continental. Demetrio de Faros, al decir de las fuentes, acabó convirtiéndose en una amenaza semejante a la que antaño había supuesto Teuta; pero la mayor amplitud de sus miras y su alianza con Macedonia supusieron una notable expansión de sus áreas de actividad, que llegaron hasta el Egeo y, por el noroeste, hasta Istria, lo cual suponía rozar, de hecho, las fronteras mismas de las áreas de directa influencia romana.

Tras el éxito de Clastidium, que libraba a Roma de la pesadilla celta del norte, el senado actuó con decisión. La flota y las legiones romanas ocuparon las costas y territorios de Istria y, de modo inmediato (219), se desarrolló una campaña contra Demetrio —desguarnecido de su alianza con Macedonia por muerte de Antígono—, que terminó, básicamente, con la toma y destrucción de Faros. La campaña, brillante y eficaz, despejaba el frente oriental de manera clara cuando a Roma llegaban noticias extraordinariamente inquietantes: el hijo de Amílcar Barca, Aníbal, había tomado la ciudad ibérica de Sagunto, violando, según las tesis romanas, los pactos suscritos no mucho antes por Cartago y la República del Tíber.

4. Repercusiones internas de la expansión territorial romana

Ya hemos aludido antes a algunas de las más visibles consecuencias en la vida interna de Roma de la I Guerra Púnica. Hay, empero, dos cuestiones que merecen reflexión aparte: la implicación de los romanos en el complejo mundo helenístico (la dos Guerras Ilíricas supusieron, entre otras cosas, el control romano de la



Cabeza de hombre, supuestamente, de Bruto
(siglo III a. C.).
Palacio de los Conservadores, Roma.

Atintania o valle bajo del Aóo; pero de la discusión del significado del «imperialismo» romano se trata en la siguiente entrega de esta obra) y el problema de los repartos de las tierras conquistadas por el Estado (*ager publicus*), al que nos referiremos ahora.

Parece seguro que, durante el período aquí resumido, el gobierno de la República, en todos sus ámbitos verdaderamente fundamentales, estuvo en manos de la *nobilitas* (esto es,

del grupo más conspicuo y poderoso en el seno de la clase de los grandes propietarios), caracterizada jurídicamente por sus privilegios familiares (como el *ius imaginum*) y el ejercicio de magistraturas curules (las que estaban dotadas de *imperium*, más la edilidad patricia), económicamente por su elevado nivel de riqueza, sociológicamente por la amplitud de sus clientelas y políticamente por su monopolio sobre las magistraturas principales, a las cuales resultaba

cada vez más raro el acceso de *hominis novi* o procedentes de familias no *nobiles*.

Los territorios conquistados al enemigo y convertidos en *ager publicus* podían quedar, mediante pago de un canon o *vectigal*, en usufructo de los vencidos; ser repartidos a una colectividad (*colonia*) o asignados a romanos particulares (la repartición *viritim*), según dispusiese, básicamente, el senado (esto es, el conjunto de los jefes de las familias *nobiles* patricias y plebeyas, principalmente, en cuyo beneficio directo se adjudicaban las tierras casi siempre). En el año 232, el tribuno de la plebe Cayo Flaminio (que sería luego pretor, cónsul, censor y, nuevamente, cónsul, muriendo en combate frente a Aníbal), logró la aprobación de su *lex Flaminia de agro Piceno et Gallico viritim dividendo*, la primera de esta especie bien atestiguada en Roma, que proveía de tierras a los ciudadanos menos favorecidos económicamente. La cuestión no puede aclararse perfectamente desde las fuentes, todas ellas proclives a la tradición prosenatoria, que coinciden en presentar inverosímilmente a Flaminio —un *nobilis*, desde luego— como a una especie de peligroso demagogo, cuando más bien parece que haya que confirmar su condición de auténtico hombre de Estado, decidido a alterar las tradiciones políticas del Estado nobiliario —lo que, en Roma, era cuasi revolucionario— y alzarse frente al senado, recurriendo a la asamblea plebeya, con tal de lograr una situación satisfactoria para la amplia base social campesina y ciudadana de la República en ese tiempo. Su acción pudo beneficiar directamente a 60.000 romanos (que, por otra parte, supusieron un potentísimo apoyo político para este hombre a un tiempo *nobilis* y *popularis*).

Su acción ulterior incluyó la construcción de la vía Flaminia, que unía Roma con Rímini, concretándose, así, una larga aspiración de ciertos

sectores inicialmente débiles de la vida política romana, que preferían la consolidación de la política expansiva hacia el norte y el Adriático: la fundación, inmediata, de Cremona y Plasencia (con 6.000 colonos cada una), creó, por vez primera, una situación sólida para la hegemonía romana en los territorios septentrionales. La historiografía antigua y actual está de acuerdo en considerar la política representada por Flaminio como un punto notable de flexión en la historia romana, si bien no hay unanimidad acerca de los matices. Pero su notable personalidad ha hecho que casi todos los investigadores atribuyan a su inspiración o al ambiente creado por sus triunfos comiciales otro hecho constitucionalmente importante: el de la reforma de los comicios populares que, acaso, pueda situarse en torno a los años 230.

Pasando por encima los detalles, creemos que la reforma puede sintetizarse en su fruto más visible: a partir de la misma, ya no fue posible que las votaciones judiciales, de leyes o las elecciones de magistrados *cum imperio* en los comicios centuriados fueran decididas en exclusividad por el voto de la primera clase censitaria, formada por los ciudadanos más ricos y por el añadido especial y secular de las dieciocho centurias de los *equites Romani equo publico*— esto es, el *ordo equester* en su sentido estricto y más tradicional—. Al mismo tiempo, se reducía el papel político de los ciudadanos de origen servil y con fortuna suficiente (*liberu adsidui*) como para pertenecer a una clase censitaria: aunque la intención de la reforma se sigue discutiendo, no parece imposible que, dada la vinculación de los ciudadanos libertos o hijos de libertos con sus antiguos *patroni*, la medida estuviese encaminada a limitar el influjo de los nobles y de la primera clase en general sobre sus antiguos siervos, convertidos ahora, de por vida, en *clientes* suyos y obliga-

dos, por ello, a obediencia jurídico-política y económica para con sus otrora *domini*.

De todos modos, el conjunto de estas reformas —como ocurre con las posteriores de los Graco, un siglo más tarde— puede entenderse, por una parte, como de sentido emancipador; y, por otra, con intenciones regresivas y conservadoras, para lograr que no siguiesen progresando las tendencias sociopolíticas impuestas por la nueva situación imperial y el desarrollo de los nuevos negocios. Las continuadas y abundantes guerras y las notables ampliaciones de territorios que administrar y que explotar (algunos, como Sicilia o el Valle del Po, extraordinariamente productivos) obligaron a la escueta organización estatal romana a recurrir a la iniciativa privada para obtener provecho de las conquistas: el abastecimiento a los ejércitos de tierra y mar, el avituallamiento a una Roma demográficamente pujante y apenas dotada de infraestructuras, los ya numerosos esclavos de guerra, la producción de cereales (particularmente, en Sicilia), los pastos y la riqueza forestal y ganadera en los nuevos territorios y el cobro de los impuestos de toda clase, en moneda y en especie, no podían ser asumidos por el magro aparato burocrático republicano.

De ahí que, poco a poco, cobraran cada vez más importancia los *publicani*, esto es, los particulares a quienes, por subasta o directamente, el Estado encomendaba la gestión de un asunto económico de su eminente competencia. Esta posibilidad creciente de los negocios de base no inmueble o fundiaria se hace plenamente evidente tras la Guerra de Aníbal. Había, desde luego, entre los *nobiles* una importante mayoría cuya base económica principal seguía siendo la agraria. Pero no cabe duda de que la presencia de estas nuevas actividades (en las que participaban muchos ricos, fueran *nobiles* o no) era muy visible en la

Roma del último tercio del siglo III y que fue, en alto grado, el telón de fondo de muchas actuaciones políticas, entre las que hay que incluir, en primer lugar, las de Flaminio y sus seguidores.

La cifra más gráfica de esta evolución, conscientemente emprendida por algunas facciones significativas de la política romana, puede ser el creciente peso de los antiguos *plebiscita*, que ahora cobran valor de ley. La famosa *lex Claudia de nave senatorum* fue, en realidad, un plebiscito —y no, técnicamente, una *lex publica rogata* de los comicios—, mediante la cual se vedaba a los senadores la posesión de navíos comerciales con capacidad para más de 300 ánforas (entre siete y ocho mil litros). Livio narra que Flaminio fue el único senador que habló en favor de esta medida y las causas de la misma —una vez más— no están claras, si bien sí puede asegurarse, por la misma contundencia de la disposición jurídica, que el *ordo senatorius* enteramente quedaba legalmente excluido de los negocios navales de alguna monta: lo que es especialmente significativo si se tiene en cuenta la irrelevancia —por su costo elevado— del transporte terrestre a grandes distancias, sobre todo para artículos de gran consumo. Es cierto que son numerosas las implicaciones de esta medida: pero muy dudoso que sus promotores tuviesen en cuenta la cantidad enorme de repercusiones, en todos los órdenes, del plebiscito que advierten hoy los científicos. Personalmente nos inclinamos a creer que hubo de pesar mucho, en primer lugar, el concepto mismo de *dignitas* que el conjunto del pueblo romano tenía sobre el respetadísimo senado; y, subsidiariamente, el deseo de garantizar que las decisiones políticas de los senadores no se hallarían directamente mediatizadas por sus intereses personales, dejando el lucro de operaciones de esta clase a otros elementos menos significativos de la sociedad romana.

III. La II Guerra Púnica

1. El comienzo

La Guerra Inexpiable fue ganada por Cartago a costa de extraordinarias pérdidas y gastos de toda clase y a lo largo de cuarenta meses: pero, a su término, quedaba, al menos, establecida con claridad su supremacía en el área africana de su influencia tradicional. El único territorio amplio y con expectativas de riqueza suficientemente estimulantes que quedaba en el Mediterráneo occidental era el de Hispania (bautizada así por los semitas, con nombre cuya fortuna sería superior a la del nombre griego de Iberia). El comportamiento romano durante las luchas contra los mercenarios y la anexión de Córcega y Cerdeña contra todo derecho, invocando una cláusula del tratado de Catulo pensada para las Egadas y las Lipari, no dejaba lugar a error: Cartago no podía confiar en Roma. La hostilidad de los púnicos para con sus enemigos latinos no se extinguiría fácilmente, máxime cuando los éxitos en la guerra contra los mercenarios se debieron, una vez más, a Amílcar Barca, rival permanente de un cierto pactismo manifestado por Hannón y sus seguidores.

Los cartagineses, en 237, comenzaron, bajo la égida de la familia Barca —Amílcar casó a su hija con Asdrúbal, jefe popular de una de las facciones opuestas a Hannón, según Livio y

Nepote—, la conquista sistemática de los territorios hispanos. La tradición romana —a través de Apiano— pretende que tal acción fue poco menos que una iniciativa particular de Amílcar y su yerno; pero tanto la magnitud y el alcance de los hechos mismos como el testimonio polibiano permiten asegurar que se trató de una decisión de Estado (lo que no empece para que fuese, asimismo, un triunfo político de los Barca). Los mercados púnicos perdidos necesitaban ser sustituidos y quedaba, además, pendiente y para muchos años, el gravoso pago, recientemente incrementado, de las indemnizaciones de guerra impuestas por los romanos. Hispania tenía, entre otros atractivos, el de su lejanía de los intereses romanos, sus enclaves semitas de importancia (y, notoriamente, Gadir), la abundancia de su plata y otros metales preciosos y el de facilitar el mantenimiento de un ejército permanente de mercenarios de toda suerte sin que por ello —imposible sin la flota— la metrópoli se viese en situaciones como las creadas por Mato y Espendio. Empero, la fecha y el carácter partidario de nuestras fuentes (escritas, naturalmente, una vez que los Barca hubieron fracasado en su empresa) nos impiden ir más lejos en estas apreciaciones. Si los Barca querían un imperio de tipo familiar desde el cual dominar a la propia Cartago, si la conquista de

Hispania tenía como fin último rehacer sobre bases nuevas el poderío púnico para tomar desquite de Roma o si ambos propósitos estuvieron presentes en la mente de los promotores de la empresa es algo que no podemos determinar. En todo caso, si la muy helenística familia —con una alianza entre un prestigioso general y un líder político popular— tuvo tentaciones de establecer un régimen de tiranía (en el sentido griego del término) es algo que no se trasluce ni en lo más mínimo de las informaciones disponibles.

2. Los Barca en Hispania

Las primeras operaciones cartaginesas en Hispania tuvieron como objetivo crear un glacis protector en torno a Cádiz y controlar las costas sudo-orientales, incluyendo las minas serranas del interior (zona de Cástulo). Ello llevó a luchas muy duras con poblaciones turdetanas, célticas e ibéricas, algunas de las cuales suministra-

ron, una vez hechas las paces, importantes contingentes a Amílcar, el cual —buen pagador, además— parece que optó por establecer vínculos de fidelidad personal o de clientela con estos soldados, probablemente en un intento de impedir la formación de grandes contingentes mercenarios estimulados a la lealtad exclusivamente en función de los beneficios materiales de la guerra. En su marcha hacia el norte por la costa fundó la ciudad llamada, en griego, Akra Leuké (en la Albufereta alicantina, según los arqueólogos), posiblemente para contar con una base oriental de operaciones, más apropiada que la misma Cádiz.

Las acciones de Amílcar y el rápido lucro de las riquezas mineras hispanas llamaron la atención del senado romano. Nuestros relatos no son congruentes, pero bastan para hacer verosímil la hipótesis de que Roma se preocupó por la visible recuperación de Cartago y de que intentó entorpecerla por vía diplomática. Los Barca habían, pues, logrado, un rápido control de los territorios costeros entre



La Iberia cartaginesa.

el sur del Cabo de la Nao y Cádiz. Cuando Amílcar, en el 229, procedía a la sumisión del glacis interior para garantizar una posición desahogada de la faja litoral, murió, en combate con los indígenas (probablemente en el alto Segura).

Durante los ocho años siguientes, el mando supremo en Hispania recayó en Asdrúbal, sobre cuyas pretendidas veleidades de caudillismo independentista lo menos que puede decirse es que se ha fantaseado mucho. Resumidamente puede decirse que su política para con los indígenas fue una inteligente continuación de la emprendida por Amílcar: con base económica y territorial suficiente, Asdrúbal optó por acercarse a los hispanos mediante alianzas y desposorios, consolidando la explotación regular de los abundantes recursos descubiertos —que, sin duda, le granjearon nuevas simpatías en la asamblea y el senado de Cartago— y asegurando el traspas de los dominios directos cartagineses. De modo global parece que pretendió establecer las fronteras de la zona de influencia siguiendo el cauce del Guadalquivir y la divisoria de aguas entre el Júcar y el Segura.

Su voluntad de llevar a cabo una política nada coyuntural queda bien probada por la fundación, extraordinaria como hecho político y como muestra de perspicacia a un tiempo militar y mercantil, de la Nueva Ciudad, Qart Hadasht, homónima de la metrópoli y llamada, luego, redundantemente por los romanos, Carthago Nova (Cartagena). Durante su mandato sitúan las fuentes (en el 226) un pacto suscrito con Roma, según el cual (y siempre según la versión filorromana que conservamos) los cartagineses se obligaban a no sobrepasar, hacia el norte, la línea del Ebro. Es posible que Roma se viese inducida a plantear esta necesidad por su importante aliada griega del norte, enemiga, como Roma, de los galos: Massalia (Marsella), preocupada por sus

mercados; pero cuáles fueron, en verdad, los términos del tratado, qué río fuese denominado en él *Hiberus* y cuál era el conocimiento real que los romanos poseían por entonces de la geografía costera de Hispania son, todos ellos, asuntos que han generado ríos de tinta sin que todavía se haya producido —ni parece que vaya a conseguirse— acuerdo científico.

Cuando Asdrúbal murió —asesinado por un indígena céltico, en 221—, fue aclamado como general en jefe Aníbal Barca, cuya vida, prácticamente desde que tenía uso de razón, se había desarrollado en Hispania, a la que llegó, con Amílcar, cuando contaba con nueve años de edad. Al igual que en el caso de Asdrúbal, la proclamación fue reconocida de inmediato por la autoridad metropolitana. Casado, como éste, con una mujer hispana, sus extraordinarias dotes como militar y como político harían de este hombre el protagonista indiscutible —y siempre leal a su ciudadanía— de la política cartaginesa durante los cinco lustros siguientes, hasta su exilio, en 195.

3. El inicio de la II Guerra Púnica

Toda una microespecialidad de la Historia de Roma gira en torno al llamado Tratado del 226 o del Ebro, por cuya violación (ataque a Sagunto y cruce del Ebro), según las tesis romanas, comenzó la formidable Guerra Anibálica, que Roma declaró formalmente a Cartago tras que ésta rechazase sus ultimátums. Parece que ello fue signo del triunfo de las tesis políticas de los *Cornelii Scipiones* y de los *Aemilii* frente a las más atemperadas de los *Fabii*. No suele discutirse, empero, que, entre la muerte de Asdrúbal y el año 219, tanto Roma cuanto Cartago esperaban mayoritariamente el surgimiento de un *casus belli* para recomenzar las hostilidades.

La genialidad militar de Aníbal está fuera de toda discusión; con frecuencia se ha señalado que su decisión estratégica de atacar por los Alpes fue la mejor de sus muestras. Pero es preciso subrayar que, en esas fechas, Cartago carecía de flota de guerra. La lucha contra Roma sólo era posible desde las bases galas y con un fuerte dispositivo de retaguardia en Hispania o en la futura Galia Transalpina que garantizase la logística precisa en ausencia de una armada importante. Aníbal valoró muy bien el estado de ánimo de las poblaciones célticas enfrentadas a Marsella y contó con el deseo de liberación de los galos cisalpinos, recientemente subyugados tras el triunfo romano en Clastidium. Es, asimismo, posible que, buen conocedor del microcosmos de las ciudades griegas, contase con la posibilidad de que algunas de ellas, en el sur de Italia o en Sicilia, desearan recuperar su soberanía si la campaña resultaba inicialmente satisfactoria para el general cartaginés.

Es, en cambio, muy dudoso que entre los planes de Aníbal figurase el de tomar la misma Roma: la potencia demográfica romana y las características del ejército cartaginés transformaban esa posibilidad en algo remoto, aunque no faltaron lugartenientes suyos que insistieron en la necesidad

de tomar la capital enemiga. Aníbal contaba, desde luego, con obtener ayudas en Italia (galas, itálicas o griegas) e, incluso, con incriminar en la contienda a los potenciales enemigos que Roma tenía en el Adriático, a raíz de sus intervenciones ilíricas. Sin descartar apriorísticamente ningún objetivo de mayor calado aún, no parece imprudente pensar que su finalidad principal fue la de negociar frente a Roma y en condiciones de fuerza una retrocesión de influencias que invirtiese la situación existente desde la paz del 241. A tal fin era, desde luego, vital, disponer en todo momento de comunicaciones expeditas entre Italia e Hispania, para lo cual resultaba fundamental el control del corredor gálico entre las dos penínsulas mediterráneas.

Sabemos, por el propio Aníbal —que lo mandó inscribir en el templo de Hera Lacinia, quince años más tarde—, cuáles eran sus efectivos cuando entró en Italia, después de los numerosos avatares que le supusieron atravesar el corredor y su inverosímil hazaña alpina, en pleno septiembre, (cuyo lugar de tránsito nunca se ha podido precisar por completo, entre el Pequeño San Bernardo y el Monginevro; probablemente, por este último lugar): unos 20.000 infantes y 6.000 jinetes. Bien poco, inicialmente, frente a una demografía ro-

El potencial demográfico de Roma, clave en el desarrollo de la guerra (año 225)

«De modo tal que (el total de fuerzas dependientes de Roma llegaba a más de 150.000 infantes y a unos 6.000 jinetes, mientras que) el conjunto de hombres capaces de tomar las armas, tanto romanos cuanto aliados suyos, sobrepasaba los 700.000 infantes y llegaba casi a 70.000 jinetes. Aníbal disponía de menos de 20.000 hombres para enfrentarse a ellos cuando se encaminó a Italia...».

Algunas cifras extraídas de las fuentes muestran la fuerza demográfica romana (se trata probablemente del número de ciudadanos romanos movilizables):

Año	Censo
264	292.234
251	297.797
246	241.212
233	270.713
208	137.108
204	214.000

mana que censaba, por entonces, aproximadamente unos 270.000 ciudadanos varones (sin contar con las poblaciones aliadas. La cifra es la del censo del 234-233, según Livio. Polibio menciona, durante la conquista de la Cisalpina, un total de casi 600.000 combatientes posibles a pie y de unos 60.000 a caballo, entre aliados y romanos).

Los romanos habían intentado, sin fruto, frenar a Aníbal a su paso por la Galia Transalpina, contando con la ayuda marsellesa, encargando el cometido a Publio Cornelio Escipión que, con tal objeto, partió desde Pisa hacia Massalia. Pero la rapidez anibálica hizo inútil esta profilaxis. Publio regresó a Italia, para repetir su intento en el valle del Po, mientras su hermano, Gneo, acudía a congelar la retaguardia púnica desembarcando, con dos legiones, en Ampurias (218). Ambos contendientes evidenciaban, pues, sus intenciones y mostraban haber comprendido perfectamente las respectivas bazas y posiciones.

El otoño de ese año fue una estación aciaga para las armas romanas: junto al Tesino, no lejos de Milán, en octubre, era derrotado y herido Publio (que decidió no esperar a su colega, Sempronio Longo) y, apenas dos meses después, el doble ejército consular caía de nuevo vencido en el Trebia (que desemboca en Plasencia), con 20.000 soldados muertos y la evidencia de que el empleo de la caballería por parte del enemigo resultaba difícilmente superable. Estos éxitos del genio militar de Aníbal le valieron un apoyo notable de las poblaciones celtas y padanas en general, que reforzaron sus posiciones. Las tropas romanas supervivientes (un tercio, más o menos) se guarecieron, durante el invierno, en las dos grandes colonias del Po. Todo el esfuerzo de la Guerra Gala del 225 al 222 se veía, si no completamente, sí en buena parte anulado por la inteligente ofensiva cartaginesa.

4. La gran ofensiva anibálica: del Trasimeno a Cannas

No dejaron estos fracasos de influir en la opinión política romana: el polémico y popular Flaminio fue elegido cónsul para el 217 y Publio destinado a Hispania, para conducir la guerra junto a su hermano y sus dos legiones. Los efectivos movilizados se duplicaron; se incrementó la flota de guerra y se eligió una estrategia de tipo defensivo y zonal, intentando proteger a toda costa el corazón de Italia.

Una vez más, Aníbal escogió la vía menos esperable: cruzó los Apeninos (más o menos, a la altura de la actual Porretta) y —aunque perdiendo un ojo cuando atravesaba las zonas pantanosas del Arno— en junio estaba a la vista del lago Trasimeno, entre Clusio y Perusia, de cuya situación (incluso de sus circunstancias microclimáticas) iba el jefe cartaginés a extraer todo el provecho. En la madrugada neblinosa del 21 de junio, Flaminio —a quien la interesada literatura antigua presenta rodeado de una aura caullista y popular y como a hombre impulsivo e irreflexivo y aun impío— fue muerto y su ejército literalmente aniquilado (se estiman los muertos romanos entre 15 y 25.000, por 2.500 del enemigo).

La mayor parte de los autores menos críticos insiste, aún, en que ésta era la ocasión de marchar contra Roma misma; pero ya hemos expuesto nuestra opinión. Quedaba puesto de manifiesto, no sin que ello constituyese una trágica sorpresa, que las legiones no parecían capaces de oponerse a Aníbal en campo abierto. Se decretó la situación excepcional —designación de un *dictator*, uso casi obsoleto tras tres décadas de no recurrir a él— y se confió el mando único a un septuagenario, prestigioso ex cónsul: Quinto Fabio Máximo, patricio y tradicionalista, cuyo segundo de a bordo

o *magister equitum* (Minucio Rufo) parece fue impuesto, irregularmente, por la asamblea centuriada y no designado libremente por el nuevo magistrado extraordinario, en una actuación que no tenía precedente y que revela una situación interna de cierto histerismo ante la inminencia y magnitud del peligro. El planteamiento de Fabio hubo de tener en cuenta las ventajas que, para Roma, tenía una guerra desarrollada en su propio terreno: la precisión de continuar con el desgaste de la retaguardia hispana de Aníbal; la necesidad de seguir

Aníbal no logró, contra lo que había previsto, suscitar entusiasmos como libertador de las poblaciones de la Italia central, que no abandonaron a Roma. Marchó, por ello, hacia el Adriático, en donde tampoco obtuvo resultados de esa clase en el Piceño. Fabio seguía con prudencia la acción del cartaginés, a través de la Apulia y Samnio, desgastándolo ocasionalmente y manifestando su presencia militar a las poblaciones aliadas por las que discurrían los dos grandes ejércitos. Aníbal —que había de vivir sobre el terreno— entró en la



Cabeza de Marte y águila de Júpiter con rayo
(Año 211-209, a. C.).

controlando el mar para impedir el aflujo de refuerzos desde Cartago; y, en fin, el hecho de que, tras las pérdidas de Trebias y Trasimeno, las legiones de nueva recluta no estaban aguerridas. La táctica de Fabio fue, pues, prudente y dilatoria, por lo que sería apodado el Contemporizador, *Cunctator* (*cunctando restituitur res*, escribió Ennio).

fértil Campania y Fabio creyó poder atraparlo en ella. Un dispositivo cuidadosamente montado para impedirle abandonar un territorio que ya había sido esquilado fue burlado sin demasiada dificultad por Aníbal, cuyo ejército se encontró, una vez más, desembarazado y suelto. Roma no perdonó a Fabio el fracaso y los

sectores «populares» exigieron una acción resolutive, entregando el mando a Minucio, que hostigó al enemigo en su marcha hacia el este, obteniendo algún éxito parcial: éste y la lejanía relativa en que se hallaba el enemigo acrecieron en la capital romana el deseo de una acción definitiva contra Aníbal. Un fracaso de Minucio —salvado por Fabio, en última instancia— no fue bastante para aplacar esta ebullición en la opinión popular romana.

Las elecciones consulares del 216 tuvieron un resultado similar a los comicios del año anterior: Lucio Emilio Paulo, vencedor de los ilirios, parece representó los intereses más tradicionales (encabezados por su propia familia y la de los Cornelios); Gayo Terencio Varrón, a los partidarios de una política expeditiva (que fue la opción triunfante, para desgracia de Roma. La figura de este magistrado, como la de Flaminio o la de Minucio, es excesivamente vituperada por Livio). Los generales romanos optaron, pues, por aceptar una gran batalla campal. Tuvo lugar en Cannas, junto al río Ofanto (Aufidus), el día 2 de agosto. La táctica helenística empleada por Aníbal, la capacidad de maniobra de sus jinetes nómadas, el ala izquierda de su caballería y los contingentes libios, celtas e ibéricos que compusieron su centro, se conjugaron con una perfección extrema, cumpliéndose las previsiones de Aníbal con toda exactitud. Un ejército romano de casi 80.000 hombres quedaba deshecho y Emilio, muerto, así como incontables senadores. La típica batalla de exterminio —al que se procedía tras envolver circularmente al enemigo— probaba con trágica contundencia que Aníbal no resultaba superable en campo abierto. Varrón pudo refugiarse en Venusia, con unos 10.000 sobrevivientes. La tradición romana de todos los tiempos recordaría indeleblemente aquel día, aciago como ninguno.

El nombramiento de «dictator tras la derrota del Transimeno y los poderes extraordinarios de Fabio Máximo

Tan pronto como el pretor Pomponio tuvo noticia de la derrota, convocó al pueblo en asamblea. Allí, sin rodeos ni demoras, compareció y dijo, sin más: «Romanos, hemos sido vencidos en una gran batalla. El ejército está destruido. El cónsul Flaminio, muerto. Deliberad sobre vuestra seguridad y salvación» (...) Todos a un tiempo llegaron a igual conclusión: los asuntos públicos exigían la autoridad de uno solo que no tuviera que dar cuenta a nadie, lo que ellos llamaban la «dictadura». Era preciso que quien obtuviese semejante poder fuese un hombre inflexible e impávido. No había sino uno: Fabio Máximo, que, por su inteligencia y su elevado carácter, fuera digno de tal cosa (...).

«Comenzó por pedir al senado permiso para ir a caballo durante las campañas (lo que, en efecto, no estaba permitido: una antigua ley lo prohibía, ya porque siendo la infantería lo principal del ejército se creyese que el general había que quedar a su frente y no abandonarla, ya porque se quisiese mostrar que, aún siendo los de este cargo poderes propios de un tirano, el dictador se hallaba, no obstante, sujeto al pueblo...) Fabio se hizo preceder de veinticuatro lictores. Y como uno de los cónsules se llegase a él, le envió a uno de sus servidores a ordenarle que prescindiese de los lictores, que depusiese las insignias de su poder y que se presentase ante él como un simple particular».

PLUTARCO, *Ilida de Fabio Máximo*, III, 4-IV, 12

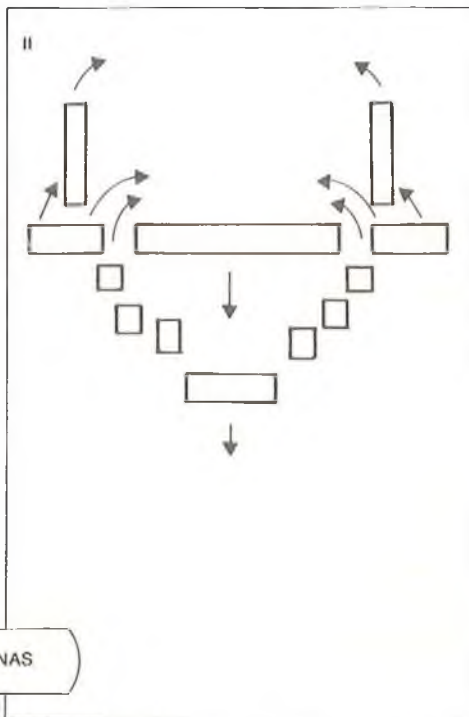
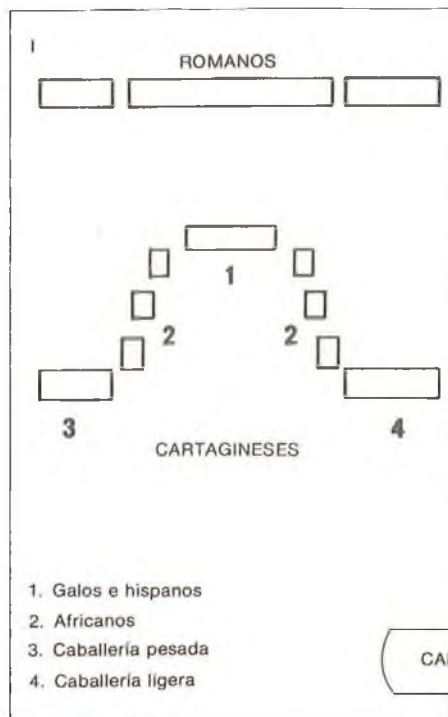
5. Las consecuencias de Cannas: un cuatrienio contemporizador y la guerra contra Filipo V

Roma vivió, a fines del verano del 216, días de profundo pavor, de desesperación intensa. Se llegó a resucitar la vieja y degradante práctica de los sacrificios humanos, para aplacar a los dioses (las víctimas fueron griegas y galas). El temor a Aníbal había entrado en las murallas de Roma y

nuestras fuentes presentan a Maharbal, jefe de la caballería púnica, incitando a su general a tomar inmediatamente la capital tiberina. Hubo quienes pensaron seriamente en la necesidad de abandonar Italia al enemigo, actitud contra la que —según Livio— destacó el arrojo del joven Escipión (el futuro Africano). No faltaban motivos: tras su aplastante triunfo y la sangría de hombres (romanos y aliados) que conllevó, Aníbal recibió abundantes adhesiones en Lucania, Apulia, los Abruzzos, el Samnio e, incluso, la misma Campania, entre las que se contó, como más significativa, la muy notable de Capua, arquetipo, hasta entonces, la fidelidad a Roma y la más rica de sus aliadas itálicas (y, acaso por eso mismo, con aspiraciones a sustituirla en el centro de Italia).

La consecuencia más visible de estos sucesos fue, desde luego, una cierta paralización de las acciones militares romanas (debe insistirse en la

cuantía de las pérdidas humanas, que algunos autores estiman en cien mil vidas desde el 218), que dio lugar al tópico literario (e hiperbólico) de las «delicias de Capua» a que Aníbal pudo entregarse. Pero hubo otras, de mayor alcance: el territorio que quedaba a cargo de las tropas púnicas era muy extenso y había de ser defendido; y, por otra parte, el mar seguía siendo de dominio romano —no menos de 200 navíos de guerra, por entonces—, sin que las legiones destacadas en Hispania hubiesen desistido de sus acciones sobre la retaguardia de Aníbal: antes bien, los Escipiones mayores habían logrado llevar al frente al sur del río Ebro. Sobra decir que hubo que repoblar, a toda prisa, los vacíos asientos del senado; que los arriendos públicos necesarios se concedieron en condiciones de visible ventaja a las sociedades de ciudadanos más pudientes para que, a toda prisa, pusieran en marcha los suministros imprescindibles para conti-





La II Guerra Púnica.

nuar la lucha (aún a costa de tolerar negocios sucios y corrupciones escandalosas. Livio dice que de esta manera «la fortuna de los particulares se inmiscuyó en los asuntos de Estado); que se duplicó el tributo personal (con propósito de restituirlo una vez concluida la guerra); que se aceleró el proceso de levás forzosas (incluidos

adolescentes y esclavos) y que el clamor popular en pro de una guerra frontal y de batallas campales dió fin, dejando, más que nunca, el campo libre para la acción de la oligarquía senatoria tradicional, cuyo hombre simbólico siguió siendo Fabio Cunctator. Y no está de más poner el énfasis en lo que, a la postre, resultó una evidencia palmaria: la notable voluntad política de la comunidad romana de re-



sistir a todo trance y de no dar la guerra por perdida en ningún momento, a costa de cualesquiera sacrificios y recurriendo a todo género de arbitrios y expedientes. No muchos meses después del desastre, mal que bien, estaban en pie de guerra diecinueve legiones completas, cuyo número no dejaría de crecer en los años sucesivos. Y, también, un nuevo modo de encarar las cosas, una mentali-

dad diferente y la emergencia de grupos económicamente poderosos y socialmente influyentes, hasta entonces alejados del ejercicio directo del poder político: riesgo grave en una sociedad cuya clase gobernante era cuantitativamente tan pequeña.

Aníbal evaluó bien los pros y los contras de su situación e intentó crear un frente oriental y adriático contra Roma. El protectorado romano en territorio ilírico era una permanente tentación para Macedonia (a quien, por eso mismo, se oponía la Liga Etolia). Aníbal y Filipo V pactaron, en 215, un acuerdo de mutuo apoyo cuyo texto secreto, para su desgracia, cayó enseguida en manos de Roma, por captura del navío que llevaba a los negociadores macedones. Roma reaccionaría desplazando una pequeña parte de su flota al Adriático y haciendo intervenir por tierra a los etolios en una guerra de saqueos y depredaciones en la que Roma no manifestó otro interés que el de impedir su desbordamiento y su llegada a suelo itálico (lo que no fue difícil, pues Filipo no disponía entonces sino de flotillas de escaso fuste).

Este cuatrienio —en el que destacaron, como generales y jefes políticos, el viejo Fabio y Claudio Marcelo— no dejó de suponer un fuerte coste para ambos bandos. Se impidió que Cerdeña —en donde los agentes cartagineses habían alzado a los indígenas— constituyese un peligro, aunque ello exigió una guarnición fija muy nutrida (dos legiones). Las luchas y los asedios fueron permanentes y por ambos bandos se aumentaron los efectivos que, en el caso romano, llegaron a 22 legiones en el 213: la superioridad numérica (muy visible) de los contingentes romanos fue decisiva durante toda la guerra y el factor más estimulante para la resistencia encarnizada a aceptar la situación. Aníbal, tras la toma de varios puertos grecoitalicos (como Crotona y Locros), recibió algunas fuerzas, si bien lo princi-

Nacimiento de sociedades de negocios al calor de las necesidades bélicas (año 215). Copiosas contribuciones voluntarias de las ciudades aliadas a los planes de Escipión el Africano (año 205)

«Correspondía al pretor Fulvio (Flacco) actuar en los comicios, revelar al pueblo las necesidades de la República, exhortar a quienes habían acrecido su fortuna gracias a las contrataciones públicas y convencerlos de que pusieran su dinero a plazos a disposición de la misma República que les había posibilitado enriquecerse, corriendo con la adjudicación de suministros para el ejército de Hispania (año 215), bajo promesa de que, en cuanto que hubiera dinero en el erario, serían los primeros en cobrar (...) Se presentaron a la adjudicación tres sociedades, con un total de 19 personas, que pusieron estas condiciones; una, ser liberados del servicio militar mientras estuviesen en el desempeño de este servicio público; otra, que el cargamento de las naves estaría acogido a seguro a costa y riesgo de la República, contra los efectos de la violencia, fuera ésta de las tempestades o del enemigo. Obtenidas ambas, se encargaron del asunto y, así, la fortuna de los particulares se inmiscuyó en los asuntos del Estado».

TITO LIVIO, *Ab urbe condita*,
HHIII, 49

pal de la ayuda metropolitana tuvo como destino Hispania.

Sicilia mantuvo, en buena parte, gracias a la acrisolada amistad del viejo Hierón II: pero a su muerte (precisamente en el 215), su jovencísimo nieto, Jerónimo, firmó una alianza con Cartago. Derrocado y muerto tras un motín popular antimonárquico (214), ello no cambió el signo de la alianza e, incluso, se llevó a cabo una brutal persecución con la que se eliminó físicamente a numerosos romanófilos. Perdida Siracusa —que no se recuperaría hasta el 212—, cayó, asimismo Agrigento y se generalizó la romanofobia. Cuatro legiones hubieron de actuar a un tiempo en la isla. Entre tanto, las armas romanas progresaban en Hispania con bastante rapidez, si bien dejaban a retaguardia muchos problemas irresueltos. Em-

pero, Sagunto fue reconquistada en el 212 y, por el interior, la influencia romana llegaba hasta los distritos mineros del alto Guadalquivir. La gran «finca bárcida», en la que las monedas cartaginesas de plata mostraban el esplendor hispanopúnico, corría serios riesgos.

6. La tercera fase de la guerra: contraofensivas romanas en todos los frentes

Los éxitos de Aníbal, no obstante las dificultades, continuaron. Metaponto, Heraclea y Turios se pasaron a su bando. Tarento cayó en sus manos (212), con lo que obtenía un apoyo importante y nuevas posibilidades económicas, amén de un eventual punto de desembarco para Filipo V (que no se usaría). Pero la reacción romana comenzó, fuertemente en Italia central, para abrirse paso hacia las tierras meridionales y demostrar el grave error que cometían quienes desertaban de su lado, con el asedio, toma (211) y ejemplificador castigo, militar y político, de Capua, cuyo gobierno fue entregado a prefectos romanos (el cónsul Fulvio Flacco dirigió el sitio, que se montó en toda regla, en una acción que atrajo a Aníbal a Campania y en la cual llegó a amargar un ataque sobre Roma para intentar deshacer el asedio capuano), poco después de que las tropas sicilianas de Marcelo recuperasen Siracusa (212, muriendo Arquímedes durante el suceso).

Las dificultades experimentadas por los cartagineses en su tierra, frente a las hostilidades de Sifax de Numidia obligaron a los púnicos a retirar tropas de Hispania, lo que ayudó a la tarea de los Escipiones. Pero, en el 211, tras la firma del armisticio en Africa, Cartago pudo reforzar sus efectivos en Hispania y ambos her-

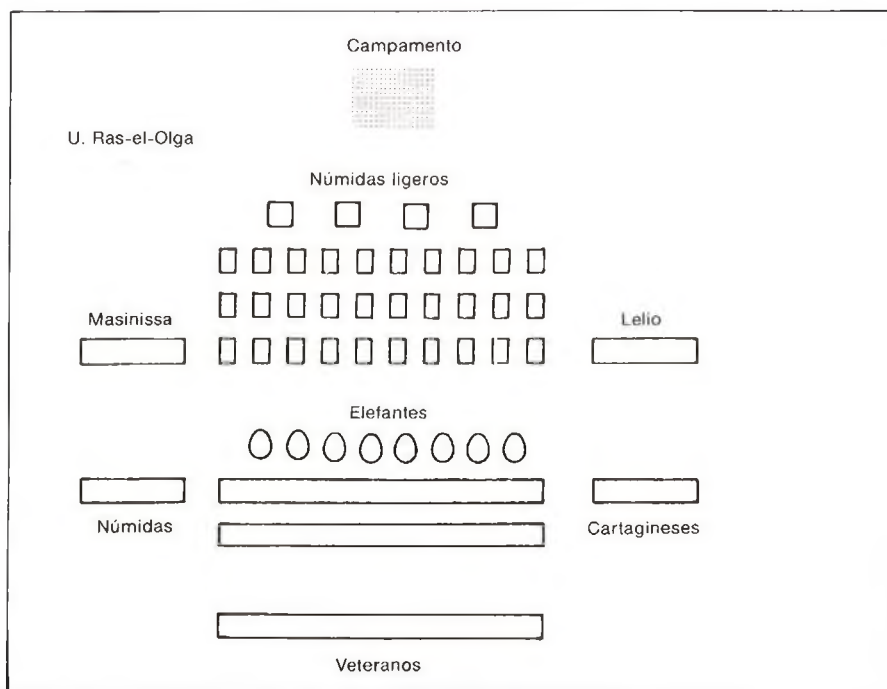
manos fueron muertos en acción momentáneamente, la presión romana sobre Asdrúbal se detuvo de golpe y todo el esfuerzo desarrollado en Hispania pareció perdido.

Aníbal, por su parte, hubo de limitarse a controlar los territorios al sur del Sele y del Ofanto, llevando a cabo una campaña de resistencia: aunque su extraordinaria capacidad militar le permitía salir victorioso de cada enfrentamiento en campo abierto (en 210 murió el procónsul Centúmallo en Herdonia), los romanos percibían con claridad el significado de la situación. No obstante la exhaustividad del esfuerzo y el estado de agotamiento de muchas ciudades lealmente aliadas (doce colonias latinas rehusaron prestación de nuevas ayudas, por imposibilidad material de procurarlas) y aún de la misma Roma (se echó mano de los tesoros de los templos), se trataba, según el senado advirtió con nitidez, de dar suficiente tiem-

po al desgaste de Aníbal, limitado cada vez más a los Abruzzos (el Bruttium) e invicto, pero incapaz de vencer. Ahora iban a verse los frutos de la tenacidad senatorial y romana: Fabio Máximo (cónsul en 215 y 214, como su hijo lo fue en 213), obtuvo la magistratura por quinta vez, con más de 80 años, en el 209. Entre tanto, su gran colaborador, Marcelo, ocupó consulados y proconsulados, ininterrumpidamente, entre el 215 y el 208 (fecha de su muerte en combate, en una escaramuza cerca de Venosa).

7. El ascenso de Publio Cornelio Escipión. Comienzo del fin de la guerra en Hispania e Italia

Dos objetivos principales se ofrecían a los estrategas romanos: aislar a





Lago Trasimeno

Aníbal por completo (arrebatándole Tarento) e impedir la llegada a Italia de las tropas de Asdrúbal, mediante la reanudación de las hostilidades ofensivas en Hispania. El joven Escipión, hijo del cónsul del Tesino, fue el personaje elegido para dirigir la guerra occidental, empeño que llevó a cabo con extraordinarias diligencia y capacidad, levantando oleadas de entusiasmo a su alrededor y convirtiéndose en una leyenda viviente, cuya fama iba a suministrar a Roma —muerto Marcelo y agotada la vida de Fabio Máximo— un caudillo carismático. Escipión no tenía sino 25 años cuando, de forma completamente irregular y sin precedentes —pero explicable— le fue conferido nada menos que un *imperium proconsulare* para la Hispania en guerra y en apurada situación, como si hubiera sido cónsul de la República, cuando no había pasado, en su carrera política, del rango de edil, siendo, por lo

tanto, un mero *privatus*, un simple particular.

Puede decirse que, en cuatro campañas, entre el 210 y el 206, desalojó a los cartagineses de la Península Ibérica. Su magistral planteamiento de la toma de Cartagena (209), su conducta para con los legionarios desmoralizados, para con los jefes indígenas del sureste y sus familias y, en términos generales, su atractivo (formidablemente ensalzado por el entorno de sus amigos intelectuales y helenizados y recogido, más adelante, por Polibio, compañero de sus hijos) crearon una leyenda viviente en un ambiente que la necesitaba. En Bécula (Bailén, no lejos de Cástulo) derrotó a Asdrúbal (208) y redujo a los territorios circungaditanos la presencia púnica tras una nueva victoria en Ilipa. Puede decirse que, en el 205, una vez rendida Gadir (Gades), Roma no tenía enemigos africanos en Hispania.

Entre tanto, caía Tarento (290),

mediante una traición fructífera y Aníbal se vio obligado a centrar sus operaciones en torno a un estrecho territorio con base en Metaponto. Iba a ponerse en escena el penúltimo acto importante de una guerra que duraba ya diez años en suelo italiano: el desesperado intento de Asdrúbal de llevar refuerzos a su hermano, de nuevo a través de la ruta alpina. En efecto, logró salvar el cerco escipiónico y, cruzando sin oposición los territorios de los galos, en donde reforzó notablemente sus efectivos, entró en Italia del Norte en el 207. Los romanos, mediante un golpe de suerte, interceptaron las comunicaciones entre los generales cartagineses y transformaron su inicial acción defensiva en un ataque. El cónsul Claudio Nerón, comandante de las fuerzas meridionales, se unió, a marchas forzadas a su colega, Livio, en el norte peninsular. Asdrúbal, que proseguía su avance por la costa adriática, se halló cercado por los dos ejércitos consulares a orillas del río Metauro. Un estudio cuidadoso del dispositivo táctico cartaginés dió una completa victoria a los romanos. El mismo Asdrúbal cayó en el combate y las esperanzas de Aníbal —a quien los romanos hicieron saber, directa y cruelmente, de su victoria— se vinieron abajo, de un solo golpe.

El fracaso cartaginés fue bien evaluado en Roma: las celebraciones populares que lo siguieron han sido calificadas de histéricas por algunos autores recientes, tal fue la desbordada alegría que produjo la victoria del Metauro y la notable exhibición de pericia realizada en la batalla por Nerón. En el año 205 fue elegido cónsul Escipión, que abandonó Hispania, decidido a imponer —mientras Aníbal malvivía aún en el Bruttium— el viejo punto de vista de Régulo: la guerra contra Cartago había de ser ganada en Africa. A ello se dedicaron los esfuerzos romanos en los tres años siguientes.

8. El final de la guerra. La batalla de Zama (202)

El frente griego, intermitente activo, se cerró, concluyendo así la I Guerra Macedónica. Macedonia había vencido a los etolios y Roma, prácticamente sin aliados de importancia en disposición de seguir combatiendo, y Filippo firmaron, en el 205, la Paz de Fenice, que iba a establecer el marco de las futuras acciones de Roma en territorio griego y que, en sustancia, reconocía las victorias macedonias en el frente oriental. La propuesta de Escipión era relativamente arriesgada: su rapidísima carrera lo hacía sospechoso de ambiciones excesivas ante personalidades como el viejo Fabio —que se opuso a sus planes— o como Catón, a quien repugnaban los aires helenísticos e innovadores de Escipión y sus amigos. No faltó, pues, oposición entre quienes preferían acabar con el casi inmovilizado Aníbal antes de pasar a Sicilia y al Africa. Pero la presión popular fue muy fuerte y, aunque el senado se negó a decretar nuevos esfuerzos excepcionales (encomendando al mismo Escipión la consecución de medios), éstos se obtuvieron, con el notable apoyo de las ciudades etruscas (que figuraban entre las menos directamente afectadas por los desastres de la guerra).

En el 204, Escipión llegaba al Africa, cerca de Utica. Cartago no cedió: dio orden a Aníbal de mantener activos los frentes en el Bruttio y la Lucania; envió a su hermano Magón a reclutar tropas en las Baleares y a atacar las costas tirrenas de Italia: pero el apoyo galo fue muy escaso —aunque Magón llegó a atacar Génova— y hubo que rendirse a la evidencia de que Escipión no iba a abandonar el territorio africano, en el que había obtenido el apoyo de Masinissa, príncipe de la Numidia oriental y antiguo jefe de la caballería cartaginesa en Hispania (mientras que Sifax, más

La convulsión moral en Roma a causa de la Guerra Anibática

«A medida que la guerra se prolongaba y que los éxitos y fracasos hacían variar no sólo la suerte sino el estado de ánimo de la gente de Roma, invadieron la Ciudad tales prácticas religiosas, en gran parte extranjeras, que repentinamente pareció o bien que los hombres o bien que los dioses habían cambiado. Se abandonaron los ritos romanos, pero no sólo en privado, entre las paredes de las casas, sino en público, en el Foro, en el Capitolio, donde podía contemplarse cómo multitud de mujeres no guardaban las costumbres ancestrales ni en sus sacrificios ni en sus plegarias a los dioses. Sacrificadores y adivinos se adueñaban de los espíritus y su número aún creció a causa de la llegada a la Ciudad de plebeyos del campo, expulsados de sus tierras por el miedo y la carestía y a quienes tan larga guerra hacía rudos y peligrosos (...).»

«Al principio se oía a algunos ciudadanos de bien indignarse en privado; luego, el asunto llegó al senado y las quejas se hicieron públicas. Los ediles y los oficiales de justicia, recriminados duramente por el senado al no haber puesto coto a tales prácticas, estuvieron a punto de ser golpeados cuando intentaron echar a la muchedumbre del Foro e impedir los preparativos de semejantes ceremonias. Cuando se advirtió que el mal era demasiado grave como para que le pusiesen remedio los magistrados inferiores, el senado encomendó al pretor urbano, M. Aurelio, que liberase al pueblo de esas prácticas. Aurelio comunicó a los comicios la decisión formal del senado y mandó que cualquiera que tuviese listas de profecías, fórmulas de ruegos mágicos y recetas del 1.º de abril, prohibiendo que en todo recinto público o consagrado se hiciera cualquier sacrificio que siguiese ritos no vedados o extraños».

TITO LIVIO, *Ab Urbe condita*,
XXV, 1

poderoso y enfrentado a Masinissa, decidía ayudar a Cartago).

Tras unos meses de estancamiento —en los que Escipión llegó a mantener conversaciones diplomáticas como artimaña para mejorar su situación—, el jefe romano dio muestras de su genio estratégico en la acción

del Bagradas o de los *Campi Magni*, con un empleo verdaderamente refinado de las tácticas envolventes. Aunque la acción no desmoronó la resistencia cartaginesa tuvo, además de un fuerte impacto moral, la virtud de expulsar a Sifax (que fue capturado) de su propia plaza fuerte (Cirta), en la que fue proclamado Masinissa rey de ambas Numidias. La cercanía del enemigo (acampado a unos veinticinco kilómetros de Cartago misma) obligó al gobierno púnico a ordenar el regreso al África de las tropas de Aníbal y de Magón (el cual no sobrevivió a la travesía).

Se negoció seriamente una paz —que llegó a ser aprobada por el senado—, por la que Cartago renunciaba a Hispania y a sus elefantes, limitaba su flota a la cantidad simbólica de 20 naves de guerra y se comprometía al pago de 5.000 talentos. Pero un incidente en el que murieron legados romanos, la llegada venturosa de Aníbal (con unos 15.000 veteranos) y ciertas ayudas del sucesor de Sifax, impidieron la culminación de los tratados. En el 202, Aníbal y Escipión, con fuerzas aproximadamente equivalentes (en torno a los 35 ó 40.000 hombres cada uno), se enfrentaron en las cercanías de Zama Regia (Naraggara), a orillas del actual Uadi Ras el Olga. Aníbal contaba con bastantes elefantes, pero su infantería no era comparable con la romana. La caballería númida luchaba en ambos bandos. La capacidad de los generales parecía decisiva en un combate que no podía ser rehuido puesto que, pocos días, antes, las conversaciones en busca de un acuerdo desarrolladas directa y dramáticamente entre ambos jefes, habían fracasado.

Aníbal empezó el combate con ataque en masa de sus proboscidios. Las tropas ligeras romanas los hostigaron, mientras que los manipulos, abandonando su tradicional formación escaqueada, formaban en columnas, dejando grandes trechos

Contribuciones voluntarias de las ciudades aliadas a los planes de Escipión el Africano

«En cuanto a llevar nuevos reclutas, Escipión no logró nada (del Senado), aunque se había empleado a fondo. Obtuvo, al menos, permiso para llevar voluntarios en su ejército. Y como había anunciado que la flota por construir no supondría gastos a la República, también logró permiso para aceptar los ofrecimientos de los aliados con vistas a la construcción de barcos nuevos. Los pueblos de Etruria, primero, cada cual según sus medios, prometieron ayuda al cónsul: las gentes de Caere, trigo para los aliados marítimos y suministros de toda clase; los de Populonia, hierro; los de Tarquinia, tejidos para velámenes; los de Volterra, efectos para los barcos y grano; los de Arretio, tres mil escudos, otros tantos cascos, dardos y jabalinas y picas largas hasta un total de cincuenta mil de todas las clases, hachas,

palas, hoces, cestas, muelas y todo el equipo preciso para armar cuarenta barcos de guerra, cien mil raciones de grano y provisiones de camino para decuriones y remeros; los de Perusa, Clusio y Ruselas, madera de abeto para barco y gran cantidad de grano (...) Los pueblos de Umbria y, además, las gentes de Nursia, de Reate y Aminterna y todo el territorio sabino prometieron soldados; los marcos, pelignios y marrucinos mandaron las islas de muchísimos voluntarios para la flota. Los de Camerino, unidos a Roma por un tratado, mandaron una cohorte de seiscientos hombres armada al completo. Apenas preparadas en los astilleros treinta carenas de barco (...), Escipión mismo comunicó su impulso a las tareas y, cuarenta y cinco días después de haberse talado los troncos, los barcos, armados y pertrechados, estaban a flote».

TITO LIVIO, *Ab Urbe condita*,
HHVIII, 45

abiertos para que los animales no encontrasen resistencia. Escipión intentó aplicar a Aníbal su propia táctica envolvente, de modo similar a como había hecho en el Bagradas, pero el general cartaginés había previsto el movimiento romano y respondió adecuadamente, sosteniendo el ataque con sus veteranos de Italia, a quienes mantuvo como tercera línea de reserva para la infantería de choque. El combate no tuvo, hasta ese momento, vencedor claro. Pero la acción de los jinetes de Masinissa y de Cayo Lelio (alas derecha e izquierda, respectivamente, enfrentadas a númidas y cartagineses) rompió las alas montadas enemigas. Renunciando a aniquilarlas, los romanos y sus aliados envolvieron en el momento adecuado a los infantes de Aníbal, cercados irremisiblemente, como los romanos en Cannas. El ejército cartaginés (con más de 20.000 muertos y millares de prisioneros) desapareció. Aníbal fue uno de los pocos supervivientes y aconsejó en Cartago la aceptación de la paz (201) que, naturalmente, fue impuesta en términos más duros, duplicándose la indemnización y quedando prácticamente

anulada la autonomía de Cartago. Roma —sin rival en todo el occidente mediterráneo y dueña de la única flota del área— había vencido por completo.

9. Consecuencias de la II Guerra Púnica

Otros apartados de esta obra se ocupan, específicamente, de reflejar la evolución institucional y socioeconómica de Roma durante el período. En ellos encontrará el lector un desarrollo más intenso de los efectos a corto, medio y largo plazo de este notable conflicto romanopúnico. Pero ello no empece a que subrayemos aquí algunos hechos más evidentes.

El primero y más visible es el de la instauración de un poder hegemónico de muy amplio alcance territorial por parte de Roma sobre países continentales e insulares del occidente mediterráneo, destacando, entre ellos —por su magnitud física y los problemas que su conquista iba a plantear hasta su completa culminación, casi doscientos años más tarde— Hispania, pronto dividida en dos provin-

cias (Citerior y Ulterior) y cuyo control exigía, a medio plazo, el de los territorios entre el Valle del Po y el Pirineo. Roma se instituyó como un poder capaz de codearse con los grandes Estados helenísticos del oriente mediterráneo con los cuales ya no solamente iba a mantener contactos diplomáticos más o menos laxos —como con las Ligas griegas, con Rodas o con el reino lágida— sino relaciones directas, incluso de tutela antimacedonia.

La duración de la guerra, las tácticas de tierra quemada llevadas a cabo tanto por Aníbal cuanto por el gobierno de Roma a partir de Cannas, la cruel disminución demográfica de las clases campesinas libres, las grandes extensiones de tierras mantenidas sin cultivo, el prestigio y poder personales alcanzados por caudillos político-militares como Escipión —con clientelas acrecentadas—, los negocios de particulares por cuenta del Estado, etc., hicieron que Roma ya no fuese la misma. La Roma del 218, a los efectos, no poseía moneda propia. Cuando terminó el conflicto, había nacido el denario de plata y su sistema, que iba a pervivir multisecularmente —sin cambios esenciales, hasta el siglo III d. de C.—, tanto en su materialidad cuanto en su simbolismo (de *denarius* vienen palabras como «dinero» y «dinar»). Según ha subrayado recientemente M. Crawford, la necesidad de amonedación planteada por la Guerra de Aníbal hubo de ser resuelta mediante recurso a un expediente revolucionario si atendemos a la práctica tradicional romana: el crédito, en muy variadas formas. En el 211 nació el nuevo sistema, con piezas de oro (por valor de 60, 40 y 20 ases de doce onzas cada uno) y de plata (denario, quinario y sestercio de 10, 5 y 2,5 ases, respectivamente) y con divisores de bronce (semis, triente, cuadrante, sextante, onza y semuncia) principalmente.

El legítimo orgullo por una victoria

tan manifiesta y conseguida mediante tan vastos sacrificios alteró, asimismo, el ser de la colectividad romana. Tras el terror pánico sentido hacia Aníbal, este orgullo tendió a desbordarse. Había que olvidar la aparición del histerismo colectivo, el recurso a cultos exóticos, a la magia, a los sacrificios humanos, a la importación solemne de cultos foráneos —en 205, por cuenta del Estado, la Gran Diosa Madre frigia fue oficialmente instalada en el Capitolio, en forma de un butilo negro e identificada con Rhea Silvia, la madre del fundador de la Ciudad— y, con ella, sus cultos y sacerdotes, los galos y archigalos castados.

El prestigio del oriente griego fue visible en el terreno literario y artístico, influyendo fuertemente en la lengua latina: por un lado, a través de traducciones e imitaciones de las obras homéricas (Livio Andrónico) o mediante la composición de trabajos a imitación de la épica (el *pater Ennio*, con sus *Annales*, que comenzó a escribir en el 203, origen de la historiografía nacional; Nervio, con su *Bellum Punicum*) y la comedia griegas (las comedias de Plauto, que no era romano de nacimiento, al igual que los otros tres autores citados, se representaron desde el 212). Por otro, provocando una especie de reacción nacionalista teñida de xenofobia, cuyo paradigma fue la actitud de Catón el Mayor, seguidor, en este punto, de Fabio, llamado Pictor («el pintor»), cuyas *Hazañas Romanas*, aunque escritas en griego, son la primera obra plenamente romana en prosa, cargada de sentimiento patriótico y destinada al público culto helénico y romano. Catón el Censor, en obras escritas en latín (como los *Origines*), demostró que la capacidad expresiva de la lengua del Lacio era capaz de competir con el griego en muchos puntos, incluso en el nivel retórico, dotando de dignidad literaria a la lengua de Roma.

Cronología de la época de las I y II Guerras Púnicas

Fechas	Sucesos
272	Rendición de Tarento a Roma. Fin de la conquista romana del Sur.
270	Toma de Rhegium.
269	Primera acuñación romana de didracmas de plata en la ceca de Tarento.
268	Colonias latinas en Beneventum y Ariminum. Hierón II, rey de Sicilia.
267	Toma de Brundisium.
266	Apulos y mesapios, aliados de Roma.
264-241	I Guerra Púnica.
264	Primer espectáculo gladiatorio. Colonia latina de Firmium. Toma de Volsinias (fin de la conquista del Norte). Alianza marmertina. El ejército romano, en Sicilia.
263	Colonia latina en Aesernia. Alianza por 15 años con Hierón de Siracusa. Los púnicos centran su resistencia en Agrigento (Akragas).
262	Hannón en Heraclea y Herbeso. Toma de Agrigento por los romanos.
261	Construcción de la flota romana (100 quinquerremes y 20 triremes).
260	La flota se hace a la mar. Cneo Escipión («el Asno») capturado en Lipara. Victoria de Mylae (uso de «corvi»). Triunfo naval del cónsul Duilio. Victorias en Segesta y Macela.

- 259 Refuerzos púnicos a Cerdeña. Bloqueo romano de Cerdeña. Cartago ejecuta a Anibal (el de Agrigento). Ocupación romana de Córcega.
- 259-258 Tomas de Hippana, Mitístrato, Camarina y Enna. Asedio de Lípara.
- 257 Victoria de Atilio Régulo en Tíndaris.
- 256 Nueva flota de 330 naves. Victoria de Ecnomo. Régulo pasa al Africa.
- 255 Exigencias, derrota y captura de Régulo por Jantipo en los Llanos del Bagradas. Regreso de Jantipo a Esparta. Victoria del Cabo Hermeo. Naufragio romano en el Cabo Paquino.
- 254 Toma de Panormo.
- 253 Naufragio en Palinuro con pérdida de más de 150 naves romanas.
- 250 Construcción de 50 naves. Victoria en Panormo. Captura de elefantes púnicos a Asdrúbal, ejecutado luego en Cartago. Asedio de Lilibeo.
- 249 Derrota naval de Pulquer en Drépano. Naufragio desastroso de la flota romana.
- 248 Toma de Erice por Junio Pulo. Amílcar devasta las costas de Italia.
- 247 Comienzo de la ofensiva de Amílcar en Sicilia occidental.
- 244 Fundación de Brundisium (colonia de derecho latino).
- 243 Construcción de una flota romana de tipo rodio con aportaciones voluntarias.
- 242 Creación del «praetor peregrinus».
- 241 Victoria de Lutacio en las Egadas. Firma de la paz. Roma ocupa Sicilia. Colonia latina en Spolegium. Reforma de los comicios por centurias.
- 241-237 Revuelta de los mercenarios contra Cartago (Guerra Inexpiable).
- 238-225 Ocupación de Córcega y Cerdeña. Dominio romano del Tirreno.

- | | |
|---------|--|
| 238-230 | Campanías contra los ligures. Tomas de Pisa y Luna. |
| 237 | Amílcar Barca desembarca en Hispania. |
| 236 | Primera comedia de Nevio. Incursiones galas en el Norte de Italia. |
| 235-234 | Clausura del templo de Jano. |
| 232 | Distribución viritana del «ager Picenus et Gallicus» por el tribuno Flamínio. |
| 231 | Embajada romana a Amílcar en Hispania. |
| 229 | Asdrúbal sucede a Amílcar en Hispania. |
| 229-228 | I Guerra Ilírica. Entrega de Corcira. La reina Teuta acepta la paz. |
| 227 | Relaciones de Roma con Atenas y Corinto. Pretores para la «provincia Sicilia» y para las islas tirrénicas (?). |
| 226 | Tratado romano-cartaginés del Ebro. |
| 225-222 | Guerras contra los galos. |
| 225 | Victoria sobre los galos en el Telamón. |
| 223 | Flamínio vence a los insubros. Acciones conjuntas de Demetrio de Faros y Antígono de Macedonia. |
| 222 | Toma de Mediolanum. Batalla de Clastidium. Rendición de los insubros. |
| 221-220 | Establecimiento del «limes» en los Alpes Julios. |
| 221 | Aníbal sucede a Asdrúbal, asesinado, en Hispania. Petición saguntina de ayuda a Roma. |
| 220 | Flamínio, censor. Construcción de la vía Flaminia (Roma-Ariminium). |
| 219 | II Guerra Ilírica. Derrota de Demetrio: destrucción de Faros. Aníbal toma Sagunto. |
| 218-201 | II Guerra Púnica. |

- 218 Aníbal asedia y toma Sagunto. Prohibición de los grandes negocios marítimos a los senadores. Colonias latinas en Placentia y Cremona. Desembarco romano en Ampurias. Aníbal entra en Italia. Derrotas romanas del Tesino y el Trebia.
- 217 Victoria de Aníbal en el Trasimeno y muerte de Flaminio. Dictadura de Fabio Máximo. Aníbal cruza Campania.
- 216 Desastre de Cannas (2 de agosto). Defecciones en Italia (Capua).
- 215 Duplicación del «tributum». Alianza entre Aníbal y Filipo V de Macedonia tras la muerte de Hierón. Derrota de Asdrúbal en Dertosa.
- 214-205 I Guerra Macedónica.
- 214 Muerte de Jerónimo de Siracusa. Levino en Iliria.
- 213 Aníbal en Tarento. Asedio romano de Siracusa. 22 legiones movilizadas.
- 212 Sitio de Capua. Aparición del denario. Alianza con la Liga Etolia. Representaciones teatrales (Plauto, etc.).
- 211 Aníbal marcha sobre Roma. Roma castiga a Capua y toma Siracusa (muerte de Arquímedes). Armisticio entre Cartago y los númidas. Los Escipión mueren en Hispania.
- 210 Doce colonias latinas rehuyen aportar contingentes. Toma de Agrigento. El futuro Africano llega a Hispania.
- 209 Quinto consulado de Fabio. Reconquista de Tarento. Toma de Carthago Nova por Escipión.
- 208 Muerte de Marcelo tras ocho años de mando. Victoria de Baecula.
- 207 Asdrúbal vencido y muerto en el río Metauro.
- 206 Batalla de Ilipa (fin de la guerra en Hispania). Filipo V y los etolios.
- 205 Consulado de Escipión, que pasa a Sicilia. Paz de Fenice con Macedonia. Introducción del culto a la Gran Diosa Madre en Roma.
- 204 Escipión pasa al Africa. Alianza con Masinissa. Sifax apoya a Cartago. Ataques púnicos en el Tirreno.

- | | |
|---------|--|
| 203 | Victorias de Escipión en Africa. Captura de Sifax. Masinissa controla ambas Numidias. Aníbal vuelve a Cartago. Derrota de Magón en la Galia. |
| 202 | Victoria de Escipión en Zama Regia. |
| 201 | Rendición de Cartago. Masinissa, rey de Numidia. Atalo y Rodas solicitan ayuda romana contra Filipo V. |
| 200-196 | II Guerra Macedónica. |

Bibliografía

En general, para el lector español, hay una bibliografía muy extensa y pormenorizada, actualizada hasta su fecha de edición en el excelente libro de J.M. Roldán Hervás, *La República romana*, Madrid, 1981, 676-686, con inclusión de los trabajos de autores españoles más importantes.

Acquaro, E.: *Cartagine. Un imperio sul Mediterraneo. Città e conquiste della grande nemica di Roma*, Roma, 1978.

Baker, G.P.: *Annibal. 247-138 av J.-C.* (trad. fr., revis.). París, 1952.

Beltrán, F.: «Hannibal Pyrenaeos transgreditur», *IV Coloquio Internacional*, Puigcerdá, 1984.

Bloch, R.: «Religion romaine et religion punique à l'époque d'Hannibal», *Mélanges offerts à J. Heurgon*, Roma, 1976, 33-40.

Brunt, P.A.: *Italian Munpoer. 225 B.C.-A.D. 14*, Oxford, 1971.

Caven, B.: *The Punic Wars*, Londres, 1980.

Combetfarnoux, B.: *Les guerres puniques*, París, 1967.

Crawford, M.H.: *Coinage and Money under the Roman Republic. Italy and the Mediterranean Economy*, Londres, 1985, págs. 25-116.

Charles-Picard, G. y C.: *La vie quotidienne à Carthage au temps d'Hannibal*, París, 1968.

Christ, K. (ed.): *Hannibal*, Darmstadt, 1974.

Decret, F.: *Carthage ou l'empire de la mer*, París, 1975.

Fatás, G. y Marco, F.: «Las Guerras Púnicas y los inicios de un Imperio (264-133 a. de C.)», *Historia de Roma*, Madrid, 1983, 56-82.

Fernández Nieto, F. J.: «España cartaginesa», *Hispania Antiqua*, I, 1971, 335-339.

Görlitz, W.: *Hannibal. Der Feldherr, der Staatsman, der Mensch*, Colonia, 1970.

Grimal, P.: *Le siècle des Scipions. Rome et l'hellénisme au temps des guerres puniques*, París, 1975.

Hampl, F.: «Zur Vorgeschichte des ersten und zweiten Punischen Krieges», *Aufstieg und Niedergang des röm. Welt*, I, 1, Berlin, 1972, 421-441.

Harris, W.V.: *War and Imperialism in Republican Rome (327-70 B.C.)*, Oxford, 1979.

Lazenby, J.F.: *Hannibal's War*, Warminster, 1978.

Levi, M.A.: «Le cause della guerra romana contro gli Iliri», *Parola del Passato*, 42, 1973, 317-325.

Montenegro, A.: «La conquista de Hispania por Roma (218-19 a. de C.)», *Historia de España*, II, 1 (J.M. Blázquez, dir.), Madrid, 1982, 5-45.

Moscatti, S.: *Tra Cartagine e Roma*, Milán, 1971; *I cartaginesi in Italia*, Milán, 1977.

Muñoz, F.A.: *Los inicios del imperialismo romano. La política exterior romana entre la Primera y la Segunda Guerra Púnica*, Granada, 1986.

Nicolet, C. (dir.): *Rome et la conquête du monde méditerranéen*, 2 vols., París, 1977 y 1978.

Schwarte, K.H.: «Naevius, Ennius und

der Beginn der ersten Punischen Krieg». *Historia*, 21, 1972, 206-223.

Torrent, A.: *Derecho Público Romano y sistema de fuentes*, Oviedo, 1982.

Toynbee, A.J.: *Hannibal's Legacy. The Hannibalic War's Effects on Roman Life*, Londres, 1965 (2 vols.).

Walbank, F.: *A Historical Commentary on Polybius*, Oxford, 1957 y 1967.

Warmington, B.H.: *Carthage*, Londres, 1960.

